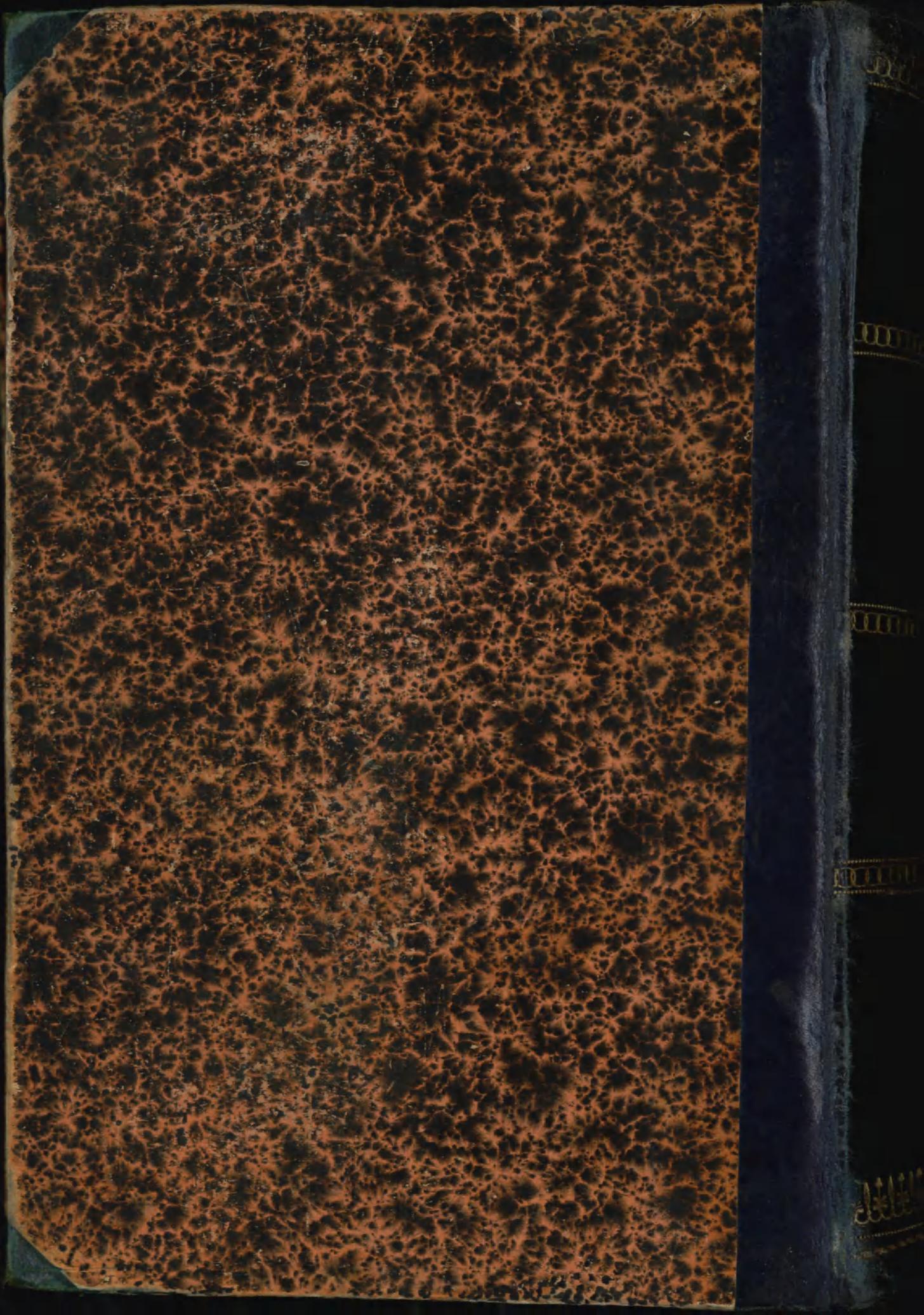


LA
AMENIDAD





El Genet Bleu
144123E

C-2

R.1199

3

C

LA AMENIDAD



LA
AMENIDAD

BOLETIN DE ILUSTRACION Y RECREO

publicado bajo la direccion

DE

DON JAIME GASPAR Y ALBA



AÑO PRIMERO — TOMO I



GASPAR, EDITORES

4, Principe, 4

MADRID.

A. J.



BOLETIN DE INVESTACION Y RECURSO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA

BOLETIN DE INVESTACION Y RECURSO

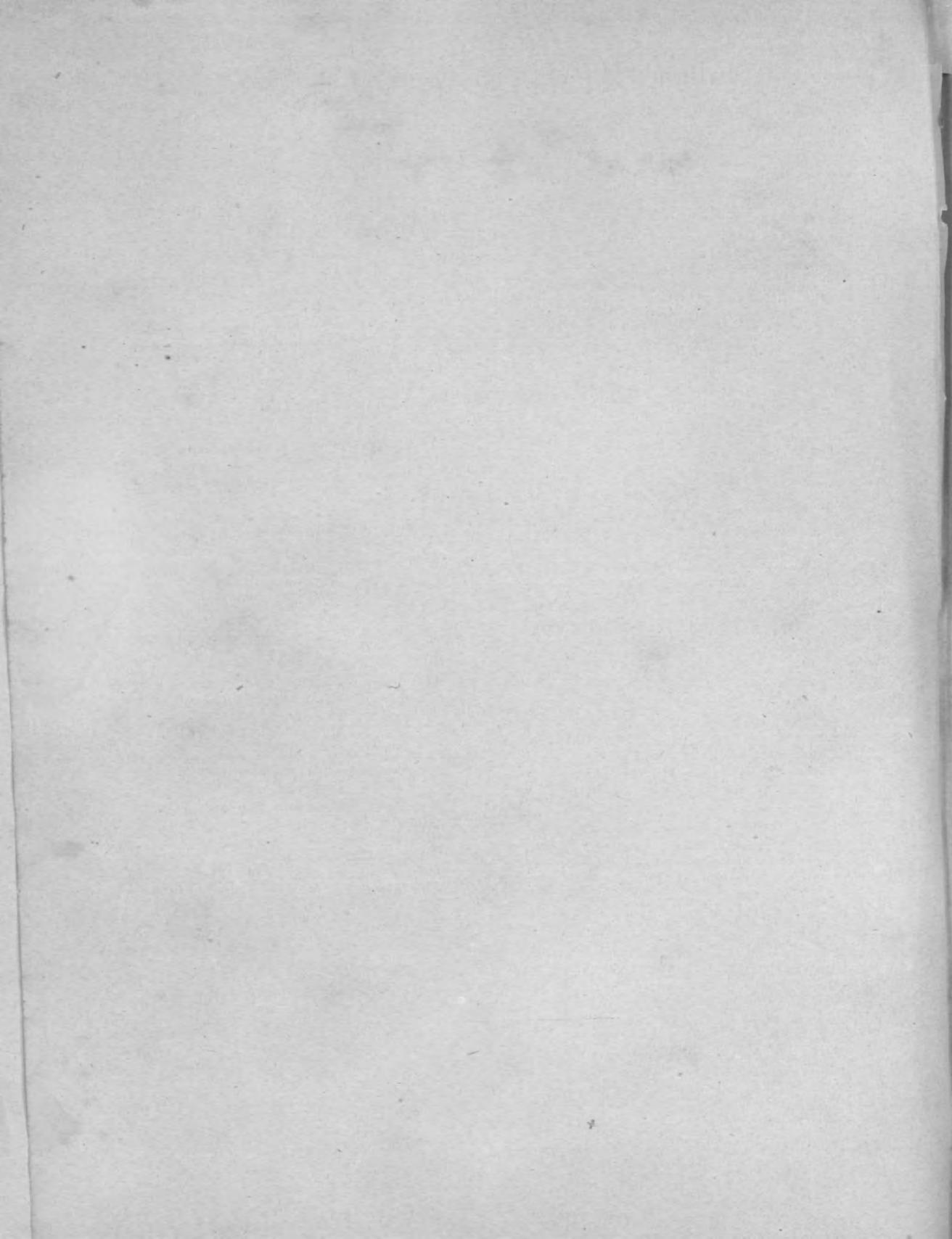
ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS.

- Anécdota : págs. 512 y 544.
 Antes del baile : pág. 414.
 Amantes de Teruel (Los) : pág. 251.
 Así eres tú : pág. 351.
 A una estrella : pág. 543.
 Aurora boreal : pág. 60.
 Bethlehem : pág. 124.
 Café barómetro : pág. 416.
 Caprichos de la suerte : pág. 416.
 Carnaval (El) : pág. 410.
 Cascadas de Gavarnia : pág. 379.
 Casos y cosas : pág. 253.
 Castillo del Morro en la Habana (El) : pág. 221.
 Castillo Real de Olite : pág. 507.
 Catedral de Toledo (La) : pág. 92.
 Caza del tigre : pág. 158.
 Círculo vicioso : pág. 287.
 Comuneros en el patíbulo (Los) : pág. 63.
 Corte de árboles al vapor : pág. 160.
 Cosas del tiempo : pág. 446.
 Costumbres de las indias de Veracruz : pág. 575.
 Cresido Listado (El) : pág. 128.
 Cria de avestruces (La) : pág. 474.
 Cuadro de Haes : pág. 575.
 Cuento : pág. 575.
 Cuento del abuelo (El) : pág. 443.
 Cuento de ladrones (Un) : págs. 27, 59, 91 y 187.
 Cuestión de lenguas : pág. 317.
 Décima duquesa de Génova (La) : pág. 383.
 Deformidad notable de los dientes : pág. 415.
 Destructor (El) : torpedo americano : pág. 315.
 Don Juan de Austria : pág. 511.
 Elche : pág. 251.
 Elefante blanco : pág. 223.
 En la corteza terrestre : pág. 443.
 Epigramas : págs. 256, 416, 447, 544 y 576.
 Ermita de San Saturio : pág. 383.
 Espejo del tiempo (El) : pág. 192.
 Golondrinas (Las) : pág. 541.
 ¡Gutenberg! : pág. 538.
 Harvey (Guillermo) : pág. 92.
 Hostería de la Paz (La) : pág. 474.
 Independencia y libertad : pág. 29.
 Ingleses y españoles en el polo Sur : págs. 19, 51, 83, 115, 141, 179, 211, 243, 275, 307, 339, 371, 402, 435, 466, 499, 530 y 562.
 Juramento de D. Fernando IV : pág. 414.
 Keraban el Testarudo : págs. 1, 33, 65, 97, 129, 161, 193, 225, 257, 289, 321, 353, 385, 417, 449, 481, 513 y 545.
 Lámpara para veladas : pág. 221.
 Langostas en la India Meridional (Las) : pág. 63.
 Lápiz neumático (El) : pág. 414.
 Lección de torero (La) : pág. 541.
 Liebre providencial (La) : pág. 507.
 Loja : pág. 123.
 Lo que son las mujeres : pág. 447.
 Lotería de Navidad (La) : pág. 124.
 Magallanes (Fernando de) : pág. 347.
 Máquina americana de escribir : pág. 477.
 Máximas : pág. 416.
 Mendigo (Un) : pág. 187.
 Momos (Los) : pág. 317.
 Monte Blanco (El) : pág. 29.
 Muerte del príncipe D. Carlos : pág. 379.
 Muñeira (La) : pág. 507.
 Nápoles : pág. 507.
 Naufragos de Trafalgar (Los) : pág. 283.
 Noche-Buena (La) : pág. 124.
 Nuestra Señora del Pilar : pág. 443.
 Nuevo vehículo en los Estados-Unidos : pág. 191.
 Observatorio del Sr. Palmieri en el Vesubio : página 287.
 Olmo de San Pedro (El) : pág. 253.
 Origen de algunos grandes hombres : pág. 447.
 Pensamientos : págs. 32, 192, 224 y 448.
 Perlas y avellanas : pág. 383.
 Petróleo en Pensilvania (El) : pág. 187.
 Pizarro (Francisco) : pág. 319.
 Población campestre de los alrededores de Manilla : página 538.
 Por una sardina (cuento) : pág. 64.
 Por falta de ortografía : pág. 348.
 Puente colgante de hierro entre Nueva-York y Brooklyn : pág. 316.
 ¡Quién fuera mula! : pág. 352.
 ¡Quién supiera escribir! (dolora) : pág. 31.
 Quintos (Los) : pág. 575.
 Rafael de Urbino : pág. 219.
 Rana verde (La) : pág. 539.
 Refran : pág. 383.
 Reina de los lagos (La) : págs. 7, 39, 71, 103, 135, 167, 199, 231 y 263.
 Reloj neumático : pág. 539.
 Romero Ortíz : pág. 285.
 Roncesvalles : pág. 570.
 Santero (El) : pág. 285.
 ¡Se agrió la fiesta! : pág. 352.
 Sin familia, págs. 13, 45, 77, 109, 141, 173, 205, 237, 269, 301, 333, 365, 396, 429, 460, 493, 525 y 556.
 Tiempo que un caballo puede vivir sin comer : página 253.
 Tigre blanco (El) : págs. 295, 327, 359, 390, 423, 454, 487, 519, y 550.
 Timbrador eléctrico (Nuevo) : pág. 317.
 Toma de Granada (La) : págs. 155, 379 y 413.
 Torre-Valiza de Lavezzi (La) : pág. 347.
 Tren-Vida (El) : pág. 320.
 Venida de los Reyes Magos (La) : pág. 187.
 Visita de confianza (La) : pág. 63.
 Volcanes de fango (Los) : pág. 447.
 Vuelta del campo (La) : pág. 92.
 Waterlón : pág. 316.
 Wagones de vela : pág. 95.



ÍNDICE ALFABÉTICO DE GRABADOS.

- Amantes de Ternel (Los): pág. 254.
Antaño y ogaño (dos grabados): págs. 478 y 479.
Antes del baile, suplemento al núm. 13.
Alhambra (La): págs. 152 y 153.
Aurora boreal: pág. 61.
Baile de máscaras (Un): pág. 408.
Bethleem. — La cuna del Redentor: pág. 121.
Cascadas de Gavarña: pág. 379.
Casi suspendido sobre el abismo: pág. 445.
Castillo del Morro (El): pág. 222.
Castillo real de Olite: pág. 505.
Catedral de Toledo: pág. 94.
Caza del tigre (cuatro grabados): págs. 158 y 159.
Coche con velas: pág. 96.
Comuneros en el patíbulo (Los): págs. 56 y 57.
Corte de árboles al vapor: pág. 160.
Cosas de Madrid: pág. 255.
Cosas del tiempo: pág. 446.
Cresido listado (El): pág. 128.
Cria de avestruces (siete grabados): págs. 474, 475 y 476.
Cuadro de Haes: pág. 572.
Cuento del abuelo (El): págs. 440 y 441.
Décima Duquesa de Génova: pág. 384.
Destructor (El) (cuatro grabados): págs. 312 y 315.
Dientes prominentes (dos grabados): págs. 415 y 416.
Don Juan de Austria (retrato), pág. 512.
Elche y sus palmeras: págs. 248 y 249.
Elefante blanco (El): pág. 224.
Ermita de San Saturio: pág. 382.
Escenas de Carnaval: págs. 412, 413.
Fernando de Magallanes (Retrato), pág. 352.
Harvey (Retrato), pág. 95.
Harvey delante de Carlos I: pág. 93.
Hostería de la Paz: págs. 472 y 473.
Independencia y Libertad: págs. 24 y 25.
India de Veracruz: pág. 576.
Juramento de D. Fernando IV.: pág. 409.
Lámpara para veladas: pág. 223.
Langostas en la India meridional (Las): pág. 64.
Lápiz pneumático (Nuevo): pág. 415.
Leyendo la lista de la lotería nacional: pág. 125.
Máquina para escribir: pág. 480.
Mendigo (Un): pág. 184.
Monte blanco (El): pág. 32.
Muerte del príncipe D. Carlos: pág. 376.
Muñeira (La): pág. 510.
Nápoles: pág. 504.
Náufragos de Trufalgar (Los): págs. 280 y 281.
Nuevo vehículo en los Estado- Unidos (dos grabados): págs. 191 y 192.
Olmo de San Pedro: pág. 256.
Observatorio del Sr. Palmieri: pág. 288.
Paso de Roncesvalles: págs. 568 y 569.
Pilar de Zaragoza (El): pág. 444.
Pizarro excita á sus compañeros á emprender la conquista del Perú: Suplemento al núm. 10.
Poblacion campestre de los alrededores de Manila: página 542.
Pozos de petróleo: pág. 185.
Puente colgante entre Nueva-York y Brooklyn: página 315.
; Quién supiera escribir !: pág. 30.
Quintos (Los): pág. 573.
Rafael de Urbino (retrato): pág. 220.
Rana Verde (La): pág. 544.
Reloj pneumático (dos grabados): págs. 539 y 540.
Romero Ortiz (retrato): pág. 285.
Sacra Familia: págs. 216 y 217.
Santero (El): pág. 286.
Se aguló la fiesta: págs. 344 y 345.
Timbrador eléctrico (Nuevo): pág. 317.
Titi pigmeo: pág. 320.
Toma de Loja (La): pág. 120.
Torre-Valiza de Lavezzi: pág. 350.
Una leccion de Toreo: págs. 536 y 537.
Venida de los Reyes Magos (La): pág. 190.
Visita de confianza (La): pág. 62.
Volcanes de fango: pág. 448.
Vuelta del campo (La): págs. 88 y 89.
Wagon con velas: pág. 96.
Waterloo: pág. 318.





9 OCT 2003

LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

PRIMERA PARTE.

I.

EN EL CUAL VAN MITTEN Y SU CRIADO BRUNO SE PASEAN, MIRAN Y HABLAN SIN COMERENDER NADA DE LO QUE VEN.

El día 16 de Agosto, á las seis de la tarde, la plaza de Top-Hané, en Constantinopla, tan animada de ordinario por el movimiento y la bulla de la multitud, se hallaba á la sazón silenciosa, triste y casi desierta. No obstante esto, todavía presentaba un hermoso punto de vista desde lo alto de la escalera que descende hasta el Bósforo; pero se echaban de ménos los personajes para completar el cuadro, pues tan sólo alguno que otro extranjero pasaba por allí para subir con rápido paso por las estrechas, tortuosas y sucias callejuelas, que, obstruidas casi siempre

por amarillentos perros, conducen al arrabal de Pera. Allí se encuentra el barrio más especialmente reservado á los europeos, cuyas casas, construidas de blanca piedra, se destacan sobre el negro tapiz formado por los cipreses de la colina.

La mencionada plaza resulta siempre pintoresca aún sin la variedad de toda suerte de trajes de los que en ella pasean, y que vigorizan, por decirlo así, el efecto de su primer término; la mezquita de Mahmud, de esbeltos minaretes; la linda fuente de estilo árabe, á falta hoy del techadillo que ántes la cubría; tiendas en las que se venden sorbetes y confites de mil clases; escaparates en los que se confunden variadas frutas, sobresaliendo entre ellas las curgas (1), los melones de Suirna y las uvas de Sentari, que contrastan con los planos canastillos de mimbre de los vendedores de perfumes y de rosarios, y por fin, los innumerables *caïques* ó barquillas pintarrajeadas, cu-

(1) Planta del género de las eucercitáceas.

yo doble remo bajo las cruzadas manos de los *raidjis*, más bien que batirlas, parece que acarician las azules aguas del Cuerno de Oro y del Bósforo al irse acercando á la escalera de que ya hemos hecho mención.

¿Dónde se encontraban á dicha hora los acostumbrados paseantes de la plaza de Top-Hané; los persas de elegante gorro astracan; los griegos haciendo con gracia sus plegadas anagüillas; los circasianos, vestidos casi siempre de militar uniforme; los georgianos, que han permanecido rusos por el traje, aún más allá de sus fronteras; los armenios, cuya piel, curtida por el sol, aparece bajo el escote de sus bordadas chaquetas, y por fin, los turcos osmanlis, esos hijos de la antigua Bizancio y del viejo Stambul, dónde se hallaban?

Ciertamente que no se hubiera podido preguntar á dos extranjeros, dos occidentales, quienes, con mirada inquisitorial, alta la cabeza y paso indolente, se paseaban á aquella hora por la casi solitaria plaza, pues, de seguro, no hubieran sabido contestar.

Es más; en la ciudad propiamente dicha, más allá del puerto, un turista cualquiera habría observado que reinaba el mismo silencio y abandono. Del otro lado del Cuerno de Oro (profunda indentación abierta entre el antiguo Serrallo y el desembarcadero de Top-Hané), en la orilla derecha, que se une con la izquierda por medio de tres puentes de barcas, toda el anfiteatro de Constantinopla parecía dormido. ¿Por ventura nadie veía entonces en el palacio de Serai-Bourmou? ¿No había ya creyentes, adjis ni peregrinos en las mezquitas de Ahmed, de Bayezidich, de Santa Sofía ni en la de Soleimanich? ¿Dormían la siesta los guardianes de las torres de Seraskierat y de Galata, encargados de vigilar los comienzos de algunos de los muchos incendios tan frecuentes en la ciudad? En realidad hasta el movimiento perpetuo del puerto parecía haber cesado en algún tanto, no obstante la flotilla de steamers austríacos, franceses é ingleses y de los caiques y chalupas de vapor que se aglomeran habitualmente en la proximidad de los puentes y á lo largo de las casas cuya base bañan las aguas del Cuerno de Oro.

¿Era, en efecto, aquella la Constantinopla tan decantada, ese sueño del Oriente realizado por la voluntad de los Constantino y de los Mahomed II? Hé aquí lo que se preguntaban los dos extranjeros que discurrían por la plaza; y él no contestaban á dicha pregunta no era ciertamente porque desconociesen la lengua del país; ambos conocían el turco bastante bien; el uno, porque la empleaba hacía ya veinte años en su correspondencia comercial, y el otro, por haber servido con frecuencia de secretario á su amo, á pesar de su calidad de criado.

Los dos eran holandeses, naturales de Rotterdam, Jan Van Mitten y su criado Bruno, á quienes su singular destino acababa de arrojar hasta los extremos confines de Europa.

Van Mitten, á quien todo el mundo conoce, es un hombre de cuarenta y cinco á sesenta y seis años, rubio todavía; sus ojos son de color azul celeste, la nariz demasiado corta si se atiende al volu-

men de su cara, en la que, á más de colorados carrillos, luce pañillas y mosca de un color amarillento; su estatura es más que mediana, no obstante la creciente obesidad que en él se observa, y sus piés son por último un acabado modelo de solides ya que no de elegancia; tiene en realidad todo el aspecto de un buen hombre, y no puede negar el país de donde procede.

En lo que respecta á la parte moral, tal vez Van Mitten pueda parecer un poco blando de temperamento; pertenece, sin duda alguna, á la categoría de esos hombres de carácter dulce y social, que hacen siempre de la discusión, que se hallan prestos á ceder en todas ocasiones, nacidos para obedecer y no para mandar hombres; en una palabra, tranquilos, flomáticos, de los que comunmente se dice que carecen de voluntad, por más que eso (espera, lo cual, sea dicho de paso, no les hace más malos de lo que realmente puedan serlo. Una vez, tan sólo una vez en su vida, Van Mitten, llevado al último extremo, había entablado una discusión cuyas consecuencias habían sido muy graves; aquel día se había totalmente salido de su carácter, pero desde entonces volvió á entrar en él, como el que vuelve á entrar en su casa. Realmente puede que hubiera hecho mejor en ceder, y no hubiera dudado en hacerlo si hubiera sabido lo que el avenir le reservaba. Pero no conviene anticipar acontecimientos que han de servir de base á esta historia.

—Ya estamos en Constantinopla, señor— dijo Bruno cuando llegaron á la plaza de Top-Hané.

—Sí, Bruno, en Constantinopla, ó lo que es lo mismo, á unas mil leguas de Rotterdam!

—¿Encontraréis, al fin, que ya nos hallamos bastante lejos de Holanda?

—Nada me parecerá nunca bastante lejos!— contestó Van Mitten á media voz— cual si temiese ser oído desde su país.

Van Mitten tenía en Bruno un servidor completamente fiel, y que, en lo físico, se parecía á su amo, hasta lo que el respeto le permitía. La costumbre de vivir juntos desde hacía veinte años, durante los cuales no se habían separado quizás ni un solo día, había hecho que Bruno fuese en la casa algo ménos que un amigo y algo más que un criado: servía con método é inteligencia, no vacilaba en dar consejos (los cuales hubieran podido aprovechar á Van Mitten), y aún, algunas veces, se permitía dirigir alguno que otro reproche á su amo, que éste aceptaba bondadosamente. Lo que, sobre todo, le ponía fuera de sí es que este último no supiese resistir á la voluntad de los deudas y que tan fálto estuviese de carácter.

—Semejante conducta producirá vuestra desgracia al propio tiempo que la mía—le solía decir con frecuencia.

Es preciso añadir que Bruno, que contaba entonces cuarenta años, era sedentario por naturaleza y no podía sufrir andar de un lado á otro, pues á causa de la fatiga se compromete el equilibrio del organismo, se adelgaza, y Bruno, que tenía la costumbre de pasearse todas las semanas, no quería perder nada de su buena planta. Cuando entró al servicio de Van

Mitten su peso no llegaba á las cien libras; su delgadez era, por lo tanto, humillante para un holandés; pero en ménos de un año, y gracias al excelente régimen de la casa, habia aumentado su peso en treinta libras y podia ya presentarse en cualquier parte. Debía, pues, á su amo, á más del buen aspecto de su cara, las ciento sesenta y siete libras que ahora pesaba, lo que constituía un buen término medio entre sus compatriotas. Por otra parte, era preciso ser modesto, y se reservaba, por lo tanto, para cuando llegase á viejo el llegar á las doscientas libras.

En resumen, apegado á su casa, á su pueblo natal, á su país (ese país conquistado en el mar del Norte), Bruno, si graves circunstancias no le hubiesen obligado á ello, jamás se habria resignado á abandonar la habitación del canal de Nicuwe-Haven ni, su buena ciudad de Rotterdam, la que á sus ojos era la primera ciudad de Holanda, así como ésta podia ser muy bien el reino más hermoso del mundo. A pesar de esto, Bruno se hallaba en Constantinopla, en la antigua Bizancio, la Stambul de los turcos; la capital, en fin, del imperio otomano.

Después de todo y para resumir, ¿quién era Van Mitten?

Pues nada ménos que un rico comerciante de Rotterdam, negociante en tabacos, consignatario de los mejores productos de la Habana, Maryland, Virginia, Varinas, Puerto-Rico, y más especialmente de Macedonia, Siria y del Asia Menor.

Hacia ya veinte años que Van Mitten habia emprendido considerables negocios de este género con la casa Keraban, de Constantinopla, la que exportaba sus renombrados y garantidos tabacos á las cinco partes del mundo. Del cambio de correspondencia con tan importante casa provenia que el negociante holandés conociese á fondo la lengua turca, ó mejor dicho, el osmanli, usado en todo el imperio, y que le hablase como un verdadero súbdito del Pachá ó de un ministro del Emir-el-Mumenin, el Comendador de los creyentes. De ahí proviene tambien que Bruno, tanto por su simpatía como por hallarse al corriente de los asuntos de su amo, hablase el osmanli no ménos bien que éste.

Se habia convenido entre estos dos antes originales, que, en tanto que permaneciesen en Turquía, no emplearían otro lenguaje que el del país, áun en sus conversaciones personales. Realmente, si no hubiese sido por su traje, cualquiera habria podido tomarles por dos osmanlis de pura raza, y aunque semejante creencia pudiera halagar el amor propio de Van Mitten, no sucedia lo mismo respecto á Bruno, el cual se resignaba á preguntar todas las mañanas á su amo:

—*Efendim, eminiz ne dir?*

Lo que significa: «¿Señor, qué deseaís?»

Su amo le respondia en buen turco:

—*Sirim, pantolonuymî fourcha.*

Ó lo que es lo mismo: «Capilla mi gaba y mi pantalon.»

Se ve, pues, por lo que llevamos dicho, que á Van Mitten y Bruno no debía costarles gran trabajo discernir por las calles de Constantinopla, primero, porque conocian de un modo suficiente la lengua del

país, y luego porque no podrían ménos de ser amigablemente acogidos en la casa Keraban, cuyo jefe, habiendo hecho su viaje á Holanda en cierta ocasion, contrajo afectuosas amistades con su correspondiente de Rotterdam, y en virtud de esta misma razon, al abandonar Van Mitten su país, habia tenido la idea de ir á instalarse á Constantinopla, signiéndose de aquí que Bruno se hubiese resignado á seguirle, bien á pesir suyo y de que se hallasen, por fin, errando á la ventura por la plaza de Top-Hané, en la que, en aquella avanzada hora, algunos transeuntes, extranjeros en su mayor parte, comenzaban á mostrarse. Sin embargo, dos ó tres súbditos del Sultán paseaban y conversaban asimismo, y el amo de un café establecido en el fondo de la plaza arreglaba sin gran prisa las hasta entonces desiertas mesas.

—Antes de una hora—dijo uno de los turcos—el sol habrá desaparecido entre las aguas del Bósforo, y entonces....

—Y entonces—respondió otro—podrémos comer, beber, y sobre todo fumar á nuestro gusto.

—Encuentro que es algo largo este ayuno del Ramadan.

—¿Como todos los ayunos!

Otros dos extranjeros, que se paseaban por delante del café, cambiaban sus impresiones sobre el particular.

—¿Qué raros son estos turcos!—decía uno de ellos.

—En verdad que si un viajero cualquiera visitase Constantinopla, durante esta especie de obligada cuarentena, llevaria una idea bien triste de la capital de Mahomet II.

—Sin embargo—replió el otro—Londres no es mucho más alegre los domingos, y si los turcos ayunan durante el día, se desquitan durante la noche, pues con el cañonazo que anuncia la postura del sol comienzan á tomar las calles su habitual aspecto y á sentirse el olor de la carne asada, mezclada con el perfume de las bebidas y con el humo de los chibuks y cigarrillos.

En corroboracion de lo antedicho llamó el cafetero al mozo de su establecimiento, diciéndolo:

—Es necesario que todo esté dispuesto. Dentro de una hora afuirán los ayunadores y no sabrémos cómo entenderlos.

Los dos extranjeros continuaron su conversacion, diciendo:

—Creo que Constantinopla ofrece más curiosa observacion en este período del Ramadan. Si durante el día se encuentra triste, insulsa y lamentable como en un miércoles de Ceniza, en cambio son sus noches alegres, ruidosas y desordenadas como un martes de Carnaval.

—En efecto, es un curioso contraste.

Mientras que los dos extranjeros hablaban así, los turcos les miraban, no sin envidia.

—¿Cuán dichosos son esos extranjeros!—decía uno;—pueden comer, beber y fumar cuando les place!

—Sin duda—respondió el otro;—pero en este momento no hallarian un kebab de carnero, ni un pilaw de pollo con arroz, ni una galleta de baklava y puede

que ni siquiera una raja de sandía ó de pepino....

—¡Porque ignoran, por decirlo así, los agujeros donde encontrarlo; con algunas piastras se hallan siempre vendedores acomodaticios, que tienen dispensas de Mahomet!

—¡Por Allah!—dijo entonces uno de aquellos turcos, mis cigarrillos se están secando en mi bolsa, y no es cosa de que yo pierda benévolaente algunos paras de latakie.

Y aun á riesgo de ser visto, aquel creyente, que tan poco se molestaba por sus creencias, sacó un cigarrillo, lo encendió y arrojó rápidamente dos ó tres bocanadas de humo.

—Ten cuidado—le dijo su compañero—si pasa algun ulema poco sufrido y te....

—¡Bueno!—replicó el otro—con tragarme el humo no lo verá y asunto concluido.

Ambos continuaron su paseo por la plaza y despues



Eran dos holandeses, Jan Van Mitten y su criado Bruno.

por las vecinas calles que suben hasta los barrios de Pera y de Galata.

—Decididamente, amo mio—exclamó Bruno mirando á derecha é izquierda—es esta una ciudad bien singular. Desde que hemos salido de nuestro hotel no hemos visto más que sombras de habitantes, fantasmas constantinopolitanos. Todo duerme en las calles, en los muelles, en las plazas; ¡hasta esos perros amarillentos y enflaquecidos, que ni aun se toman la pena de levantarse para mordernos en las pantorrillas! ¡Vaya, vaya! á despecho de lo que cuentan los via-

jeros, nada se gana con viajar. En cuanto á mí, prefiero con mucho nuestra buena ciudad de Rotterdam y el cielo gris de nuestra vieja Holanda.

—¡Paciencia, Bruno, paciencia!—respondia el tranquilo Van Mitten—no hace más que pocas horas que hemos llegado: no te ocultaré, sin embargo, que no es esta la Constantinopla que yo había soñado; pues me imaginaba que iba á entrar en pleno Oriente; á penetrar, en fin, en un sueño de las *Mil y una noches*, y me veo, por el contrario, aprisionado en el fondo de....

—¿De un inmenso convento—interrumpió Bruno—y rodeado de gentes, tristes como frailes enclaustrados!

—Mi amigo Keraban nos explicará lo que todo esto significa—respondió Van Mitten.

—Pero ¿dónde nos hallamos en este momento?—preguntó Bruno—¿qué plaza es ésta? ¿qué muelle es éste?

—Si no me equivocó—respondió Van Mitten—

nos hallamos en la plaza de Top-Hané, en el extremo precisamente del Cuerno de Oro. Hé ahí el Bósforo que baña la costa de Asia, y al otro lado del puerto se percibe la punta del Serrallo y la ciudad turca que se alza sobre aquel.

—¿El Serrallo!—exclamó Bruno.—¿Cómo, es aquel el palacio donde vive el Sultan con sus ochenta mil odaliscas!

—¿Ochenta mil son muchas, Bruno! son demasia-



Después que se oiga el cañonazo.

das para un hombre solo, áun tratándose de un turco. En Holanda no fiene más que una cada individuo, y así y todo, es algunas veces sumamente difícil de conservar la paz en el seno del matrimonio.

—¿Buena, señor, bueno; no hablemos más sobre ese particular, ó al menos hablemos lo menos posible!

—dijo Bruno volviendo la vista hácia el café, que continuaba desierto.

—¿Me parece que aquello es un café—dijo—la bajada de ese arrabal de Pera ha extenuado nuestras fuerzas; el sol de Turquía abrasa como la boca de un

horno, y no me extrañaría que el señor tuviese necesidad de tomar algun refresco.

—Buena manera de decir que tienes sed!—respondió Van Mitten.—Entremos, pues, en ese café.

Ambos se dirigieron al establecimiento y tomaron asiento al lado de una de las mesillas colocadas delante de la fachada.

—¿Cawadji!—gritó Bruno llamando á la manera de los europeos.

Nadie contestó á su llamamiento.

Bruno volvió á llamar alzando más la voz.

El propietario del café apareció en el fondo de su tienda; pero no mostró prisa alguna en acudir.

—¡Extranjeros!—murmuró cuando hubo apercibido á los dos clientes sentados delante de la mesa. —Si se cruzarán por ventura que....

Por fin se decidió á aproximarse á los dos viajeros.

—Cawadjí, servidnos un vaso de agua de cereza, bien fresca—dijo Van Mitten.

—Después de que se oiga el cañonazo—respondió el cafetero.

—Y qué necesidad tenemos de oír cañonazo alguno para tomar el agua de cerezas!—exclamó Bruno—con menta, cawadjí; con menta es como la queremos.

—Si no tenéis agua de cerezas—replicó Van Mitten—dadnos un vaso de rahllokum rosa; parece que es excelente, si he de creer á mi guía.

Después de que se oiga el cañonazo—repitió por segunda vez el cafetero, haciendo un ligero movimiento de hombros.

—Pero, ¿qué diablos de cañonazo es ése?—preguntó Bruno dirigiéndose á su amo.

—Veamos—replicó éste con su natural bondad;—si no tenéis rahllokum, dadnos una taza de moka.... un sorbete.... lo que queráis, amigo mío, lo que queráis; pero servidnos algo.

—Después de que se oiga el cañonazo; ni un minuto antes.

Y sin más ceremonias, volvió á entrar en el establecimiento.

—Vamos, señor—dijo Bruno—abandonemos esta endiablada tienda. ¿Hase visto en la vida cosa semejante? ¡Contestar á nuestras preguntas con cañonazos ese zopenco de turco!

Ambos se levantaron dirigiéndose nuevamente á la plaza.

—Vén, Bruno—dijo Van Mitten—quizás encontremos por ahí alguno otro cafetero más complaciente.

—Decididamente, mi querido amo, ya me tardía en encontrar á vuestro amigo el señor Keraban; ¡ya sabríamos á qué atenernos si le hubiésemos hallado en su despacho!

—Sí, Bruno, sí; pero ten un poco de paciencia; nos han dicho que le encontraríamos en esta plaza.

—Pero, no antes de las siete, señor, y aquí precisamente al lado de la escalera de Top-Hané debe venir á buscarle su caique para trasportarle al otro lado del Bósforo, á su quinta de Scutarí.

—En efecto, Bruno, ese estimable negociante, nos pondrá al corriente de lo que aquí pasa. ¡Ah! Ese es un verdadero osmanlí, uno de tantos fieles del partido de los antiguos turcos, que no quieren admitir ninguna de las actuales cosas, tanto en lo que respecta á las ideas como á los usos y costumbres; que protestan contra todas las invenciones de la industria moderna, que prefieren una diligencia á un camino de hierro, y una embarcación cualquiera de vela á un barco de vapor. En los veinte años que hace que nos tratamos y hacemos negocios juntos, no he observado que las ideas de mi amigo Keraban hayan variado en lo más mínimo. Cuando, hace tres años, fué á verme á Rotterdam, llegó en silla de pos-

tas; así es que, en lugar de ocho días que debió haber empleado en el viaje, ¡tardó un mes en llegar! He visto muchas gentes testarudas en el trascurso de mi vida; pero tan obcecado como él, ninguno.

—Mucho se va á sorprender al hallaros en Constantinopla—dijo Bruno.

—Así lo creo—respondió Van Mitten.—En fin, al ménos en su compañía estaremos verdaderamente en plena Turquía. ¡Ah! jamás consentiré mi amigo Keraban en vestir el traje del Nizam, la levita azul y el gorro ó casquete encarnado de los nuevos turcos.

—Cuando se quitan el casquete—dijo Bruno riéndose—me hacen el efecto de una botella que se destapa.

—Estoy seguro que mi querido é inmutable amigo Keraban estará todavía vestido como cuando fué á visitarme á Holanda, al otro lado de Europa, como quien no dice nada, con su ancho turbante y su caftan de color de ceniza.

—Sí; un completo mercader de dátiles—interrompió Bruno.

—Un mercader de dátiles que podría venderlos de oro.... y aún hacérselos servir á la mesa en todas las comidas; pero, ya se ve, ha emprendido el mejor género de comercio en este país: el del tabaco, y como es natural, no hay otro remedio sino hacer una fortuna en una ciudad en la que todo el mundo fuma, desde que se levanta hasta que se acuesta, y desde que se acuesta hasta que se levanta.

—¿Qué decís, señor?—interrumpió Bruno.—¿Dónde veis esos fumadores que yo no veo? Creo, por el contrario que aquí nadie fuma. Yo que me aguardaba encontrar grupos de turcos delante de cada puerta, envueltos en los serpientes de sus *narghilis* ó pipas, ó bien con el largo tubo de cerezo en la mano y la boquilla de émbar en la boca; pero qué, ni por pienso; ¡no he visto todavía fumar un mal cigarro, ni siquiera un cigarrillo!

—Yo tampoco lo comprendo, Bruno; pues, en honor de la verdad, las calles de Rotterdam están mucho más emagrecidas por el humo del tabaco que no están las de Constantinopla.

—¡Caramba, señor!—dijo Bruno.—¿Estais seguro que no hemos equivocado el camino? No es posible que ésta sea la capital de Turquía. Estoy por apostar que nos hallamos en el lado opuesto, que ése no es el Cuerno de Oro, sino el Támesis con sus mil embarcaciones de vapor. Vaya, aquella mezcquita que se ve allá abajo no es Santa Sofía, sino San Pablo. Esta ciudad no es Constantinopla; no, señor, no puede ser. ¡Nos hallamos en Londres!

—Modérate, Bruno—respondió Van Mitten.—Ese carácter nervioso no le cuadra á un holandés. Imita mi paciencia y mi fema y no te extrañes de nada. Hemos abandonado Rotterdam á consecuencia.... de lo que tú sabes.

—¡Sí.... sí!....—dijo Bruno haciendo un movimiento de cabeza.

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

CAPÍTULO PRIMERO.

UN BANDIDO.

— ¡ladrones! ¡socorro! ¡socorro!

Estos gritos llegaron á mis oídos mientras yo callejeaba hacia mi casa en la ciudad de Méjico. Aunque las palabras eran españolas, yo las comprendí muy bien por ser muy comunes en aquel país.

Un soldado no puede oír estos gritos con indiferencia, y sacando mi espada, corrí hacia el sitio de donde salían las voces. Parecían venir por un lado de una calle estrecha y oscura, porque era á las altas horas de la noche, y sólo estaba alumbrada por las escasas luces de aceite que ardían á grandes distancias. Entrando en la calle me puse á escuchar, esperando oír repetir los gritos. En lugar de éstos, reinaba un silencio profundo. ¿Los ladrones habían sujetado á sus víctimas ó las habían asesinado cruelmente? No. El silencio fué momentáneo, muy pronto succedió por palabras furiosas, despues del horrible temblor de los pies mezclado con el ruido del acero al chocarse las espadas. Guiado por este ruido fui hacia allí, bastante pronto para alcanzar una de las lámparas, y con su escasa luz pude ver la figura de dos hombres precipitarse uno hacia el otro, batiéndose con furor sangriento. Segun todas las apariencias el combate debía ser mortal, y con tal empeño, que no había medio de hablar ni detenerse. Por sus trajes eran mejicanos; el uno tenía un *rapier* y el otro un *machete*. En el momento en que yo llegué, el del *machete* resbaló en las piedras y el del *rapier* recibió de mí sobre un golpe en las costillas, rompiéndole además en dos pedazos la delgada hoja del sayo. El hombre que se vió milagrosamente salvado de lo que él creía, con razon, una muerte segura, y libre ya de todo peligro, puesto que su adversario estaba desarmado, creí yo que permanecería en el terreno y daría algunas explicaciones; en lugar de esto, un cuanto se sintió perfectamente, se puso sobre sus pies, dió un suspiro de satisfaccion y desapareció en la oscuridad, dejándome á mí que arreglase el negocio con el otro, el que, segun la mejor parte que alcanzó en el combate, debía ser el agresor. Encontrándome frente á él con el sable levantado, le grité:

— ¡Defiéndete, ó te mato!

— Á V., señor capitán, me rindo con mucho gusto, mucho más cuando me ha dejado V. sólo una hoja destrozada como única arma para defenderme. Déjeme V. explicarle que ha trabajado V. equivocadamente, y que en este negocio ha tomado V. la

defensa del culpable; por lo cual espero que V. hará que me devuelvan mi reloj de oro que ese bribon se ha llevado. Á no ser por V. yo le hubiera recordado, y ademas le hubiera enviado á un sitio donde no hubiera tenido ocasion de robar más á nadie.

— ¿No es V., pues, el agresor? ¿Era V. el que pedía socorro?

— Yo mismo; es decir, yo tiré el primero cuando sentí una mano tirar de mi cadena; en la oscuridad pensé que podía haber una veintena de bandidos á mi alrededor, pero no viendo más que uno, no podía llevar con paciencia ser robado por un *pelado*; así, procuré defender mi propiedad. Desgraciadamente, se había apoderado de mi reloj ántes que empezase la refriega, y gracias á su intervencion de V. lo tiene ahora perfectamente seguro. Así, señor capitán, espero que, como oficial y como caballero, hará V. cuanto esté de su parte por que vuelva á mí poder ese reloj, ó lo que sería igual para mí, su valor en dinero corriente; es uno de los mejores de Losada y me costó veinte *dobloones*.

Si mi sorpresa fué grande al principio, lo fué mucho mayor al oír este raro discurso. Al principio me fijé más en la parte tónica del asunto, y estaba dispuesto á tratarlo como una broma, y al mismo tiempo me inclinaba á resentirme de ello como de una imperfinencia; pero durante el breve diálogo que habíamos tenido en medio de la calle y en un sitio en que la luz de las lámparas era un poco más clara, había yo tenido ocasion de estudiar más detenidamente la fisonomía del que casi pudiera llamar mi víctima, y pude ver que no hubiese sido cosa de broma si yo me negaba á su justa peticion. La casualidad me le había hecho conocer en otra ocasion, y sabía que era un oficial del ejército mejicano, uno de los que nosotros habíamos hecho prisioneros durante nuestra breve campaña en el Valle, anterior á la capitulacion de esta ciudad. Aquí debo decir que el ejército al cual yo pertenecía era el de los Estados Unidos, invasores primero, conquistadores despues, y ahora dueños de la capital del enemigo. Muchos de estos prisioneros nuestros, bajo palabra seguían viviendo allí, asociados con nosotros en una semianistad; algunos se hacían francamente amigos, mientras otros se mantenían en una orgullosa y desconfiada reserva. Nos encontrábamos en las mesas del *monte*, á veces en la silla de al lado en los teatros y en los salones para refrescar, los que bajo la proteccion *yankee* se habían establecido por toda la ciudad. Así es que yo conocía este individuo de nombre y de vista. Era el

capitan Moreno un soldado de buena presencia, con la reputacion de estar siempre pronto á sacar la espada si la ocasion se presentaba; así es que si yo no hacía por que le devolviesen el reloj, como deseaba, ó el dinero que le habia costado, estaba seguro de tener que responder á su amenaza, la que, por más que fuese un prisionero, él cumpliría y yo no podia desatender. Puedo decir con toda verdad que no era mielo lo que tenía, y que esto nada influa en mí para consentir en sus condiciones, porque en efecto consentí en ellas despues de un momento de reflexion, en cuanto me convenci que la historia era verdad y que estaba tratando con un caballero. Las razones que yo tenía para obrar así eran las siguientes: en primer lugar, lo justo de su peticion, porque era evidente que yo le habia impedido recobrar su reloj, que valia veinte doblones, y muy claro, por lo tanto, que era para mí cuestion de honor que recobrase dicha cantidad. La segunda razon era de una especie enteramente diferente; ademas de saber el nombre de este capitan Moreno y su carácter como soldado, sabia yo tambien que ora de esos mejicanos amigos nuestros, y que entre la gente del país conocen por el nombre desdenoso de *ayankeados*. Habia muchos de ellos entre las familias principales, que, acostumbrados á vivir en constante revolucion, con la espada en la mano, hubieran aceptado con gusto un camarada bajo la bandera de los Stars and Stripes. Considerando todo esto, no dudé un momento en aceptar sus condiciones, diciéndole:

—Bien, señor; veinte doblones es una suma respetable, y es muy desagradable tener que darlos sólo por una desgraciada equivocacion, especialmente cuando uno cree cumplir con un deber de humanidad; pero V. dice que el reloj le costó á V. ese dinero, y confiando en su palabra, yo me comprometo á conseguir que parezca ó á pagar á V. la suma convenida.

Podia muy bien haber omitido la primera condicion y pagarle su dinero, ó llevarlo á mis barrios y ponerlo en la mano en aquel mismo momento, porque en cuanto á encontrar el ratero, eso era hablar de la mar. En la ciudad de Méjico, y sobre todo en aquella época, los ladrones eran tan abundantes como las zarzas.

—No esperaba yo más de V.—respondió el mejicano—porque aunque no tenía el gusto de conocer personalmente al capitan Mainard, como V. ve, conozco su nombre y algo más que ahora no es ocasion de decir á V.

—Si no me engaño, nos hemos encontrado varias veces en la *Fonda del Espíritu Santo*; no me cabe duda, me acuerdo perfectamente.

—Muy bien, capitan. Ahora me resta hacer á V. una proposicion, que espero aceptará V. con la misma amabilidad, y es que tenga el gusto de volver á ver á V. en condiciones más amistosas.

Al hablarme así no podia menos de aceptar áun sin saber de qué se trataba.

—Yo desearia que si V. no encuentra al ladrón y recobra el reloj, ambas cosas casi imposibles, yo insistiré en que pague V. su valor, pero no en metálico,

á ménos que V. lo prefiera; preferiria que V. le emplease en pagar una cena para seis personas, la mitad amigos de V. y la otra mitad míos.

—Aceptado—exclamó yo en seguida, cerrando este trato, cuya generosidad respondia perfectamente á la idea que yo tenía del carácter del capitan Moreno.—Queda esto arreglado para mi gusto de un modo mucho más satisfactorio. Y ahora, caballero, ¿puedo suplicar á V. que cambiemos nuestras tarjetas?

Así lo hicimos, y despues de algunas palabras perfectamente amistosas, que sellaron nuestra nueva amistad, nos dimos las buenas noches, él volviendo hacia la ciudad, yo continuando mi camino hacia mis barrios, especie de arrabal conocido por el nombre de Paseo de las Vigas.

CAPÍTULO II.

EL PASEO DE LAS VIGAS.

Mientras permaneci en la capital de Méjico paseaba frecuentemente por el paseo llamado de las Vigas, que está situado en la parte oriental de la ciudad. Allí se pasea en coche, á caballo ó á pié, como cada uno prefiera: no es seguramente el paseo más agradable ni más elegante; el preferido es el paseo nuevo llamado por algunos de Bucarelli, nombre que le dejaron los italianos empleados en arreglarlo. Está en el lado opuesto al Occidente, porque en la metrópoli mejicana, como en Londres, el Poniente es favorecido por la moda, mientras el Este es más bien un sitio habitado por el pueblo. Pero, como en Londres, hay tambien peligrosas cavernas en el centro mismo de la ciudad. En cierta estacion del año, por Cuaremas, el paseo nuevo está abandonado por completo, y lo más escogido de la sociedad concede su preferencia á las Vigas. Entónces este último se ve enajado de magníficos carruajes, caballeros galantes cabalgando cerca de ellos, y mucha más gente distinguida y elegante tambien paseando á pié.

Esta invasion de grandeza dura sólo algunos dias. La brillante multitud desaparece, dejando las Vigas no enteramente desiertas, pero ocupadas por aquellos á quienes mas exclusivamente perteneco, á los extrajeros naturalizados del Este, tenderos y proctarios.

En esta su normal condicion es como yo prefiero las Vigas, porque entónces y allí es donde se ve el pueblo mejicano, en sus trajes natales, sus maneras completamente despojadas de la influencia extranjera, y sus costumbres nacionales libres de mezcla alguna de *outr mer*. A lo largo de este interesante paseo está el canal de Santa Anita, que une la navegacion del lago Texcoco con el de Xochimilco, y de aquí pasa á la laguna del Chalco. Es en realidad la principal vía por la que los productos de esta parte del Valle son trasportados á la capital. No es un canal en el sentido general que se da en Europa á esta palabra, puesto que ni siquiera pueden cruzarse los botes que generalmente se usan en los otros canales. Las barquichuelas que navegan en Santa Anita son, la mayor parte, unas especies de planchas por el estilo de los

castos de pan ingleses, movidos por palos. Su tripulación no varia mucho; los mismos hombres bronceados con pelo negro, pues casi todos los que viven al rededor de los lagos Chalco y Xochimilco son indios de la raza de Aztec, de sangre tan pura como en los tiempos de Moctezuma y Guatimozin.

Ellos son los que principalmente manejan el tráfico de los lagos llevando sus productos á los mercados de la capital. Y qué productos! Cereales con sus riquezas, flora con sus encantos, Pinnac con sus tesoros, todo esto se ve allí. Aquí un bote cargado de donadas cabezas de maíz, ó de *chilé*, *feijoles* y garbanos; más allá otros llevan los productos de *tierra caliente*, frutas de todas clases y colores, que truen en mulos, y muchas veces los mismos hombres en sus espaldas, atraviesan las sierras del Sur, andando leguas y leguas ántes de llegar á los lagos; otros van cargados con los productos de *tierra templada* (el mismo Valle), verduras, frutas y flores, algunas de las que crecen en los jardines que flotan en la superficie del agua. Hay algo además en estos botes en lo que uno puede entretenerse agradablemente la vista; mujeres hermosas de tipo verdaderamente extraño, porque muchas de las hijas de Anahuac, á pesar de ser puronas, tienen un cutis claro y limpio que las hacen tan encantadoras como la hermosa Malinche, que cautivó el corazón de Cortés. Al pasar por el lado de Santa Anita, nada más bello que el aspecto que presentan aquellos botes al ir al mercado de Santo Domingo. Lindas mujeres con rosas en sus negros cabellos y hermoso pecho, con labios rojos como la flor de las granadas, casi siempre sonriendo para lucir mejor sus blancos y pequeños dientes. Oyendo sus risas alegres, otras veces sus canciones, y áun otras viéndolas bailar al són de sus guitarras, pasaba yo ratos deliciosos. El que haya visto todo esto una sola vez comprenderá mi preferencia por el paseo de las Vignas.

Felizmente para mí el sitio estaba cerca, casi al lado de mis barrios; una barraca deteriorada de un antiguo cuartel del regimiento de caballería mejicano en el cual por espacio de cuatro meses morales estaba condeñado á permanecer.

Una residencia, en primer lugar, enteramente contraria á mi gusto, y puedo confesar que por espacio de algún tiempo escasamente hice algo que valiese la pena. No era cosa muy divertida dar vueltas á la Plaza Grande ó á la calle de Silveirmitos; este placer le disfruté hasta la saciedad durante todas las horas del día y de la noche por espacio de quince días, después de los que hubo un cambio en mis predilecciones.

Una mañana, cuando habe despedido á mis hombres después de la parada, estaba yo cruzando el paseo arriba y abajo, dirigiendo de cuando en cuando una mirada al canal, sólo con los botes que pasaban á la ciudad. Como de costumbre, en muchos de ellos iban mujeres jóvenes cuidando las verduras, las frutas y las flores, muchas de ellas manejando los remos.

En el mercado presidían la venta de sus géneros como hacen algunas hermosas *jewesses* en Coven-

Garden. Muchas de aquellas caras las había visto varias veces, y las miré muy ligeramente. Una sin embargo, aunque también la conocía, pedía algo más que una mirada indiferente. Era una muchacha, que aunque no tendría más de quince años, era tan mujer como en nuestro frio país son á los veinte. Su hermoso busto estaba escasamente cubierto por una fina camisa que dejaba adivinar sus perfectas formas.

Su precioso cuello, terso y rosado, languidecía acompañando una cabeza de un tamaño simétricamente clásico, en la cual todas las facciones formaban un conjunto perfecto. Sus largas y negras trenzas, recogidas sencillamente, estaban rodeadas de flores blancas, los capullos de *cacido-sutschil* (*blumeria*), la flor favorita de las indias de Aztec. He visto reinas adornadas con sus ricas coronas, diademas y marquesas deslumbrando nuestras miradas con sus preciosas y brillantes piedras; ninguna de ellas podía compararse en gracia ni en dignidad con esta sencilla hija del Sur, cuyo único adorno consistía en flores de su país. Parecía verdaderamente una visión celeste, y el caso de pertenecer á este mundo, un sér especial en el que la naturaleza había empleado sus más ricos tesoros. Pasaron algunos segundos ántes que yo pudiera apartar mis ojos de ella; pero el bote se iba deslizando suavemente, y yo dirigí una mirada al rededor de ella para ver quién la acompañaba. Esta mirada no me produjo muy buena impresión. Un chico muy guapo iba remando al lado suyo, indio como ella, y como ella también de hermoso y simpático rostro. ¿Era su hermano? ¿era su marido? Aunque no tenía pelo de barba, yo había visto en Méjico maridos tan jóvenes como él, y esposas más jóvenes que ella; y cientos de ellos! Sin embargo, cualquiera que fuese el parentesco que los uniera, lo cierto es que el joven era muy digno de envidia. «¿Quién es ella?» le pregunté á un hombre bien vestido que estaba á mi lado y que como yo no apartaba la vista de la hermosa india *chiagará*. «¿A V. qué le importa?» fué la respuesta, en mejicano, *billingsgate*; y al decir esto, pasó su mano por la barba, dió media vuelta y se fué, dejándome en la misma curiosidad, y á más, disgustado por su rudeza.

Al pronto pensé seguirle y llamarle, para reprenderle por su grosería; pero en seguida me ocurrió que tal vez resultase una cuestión grave entre los dos, con lo que sólo conseguiría que se enterase todo el mundo de la pregunta mía, cosa que no me convenia se hiciese pública. Me quedé, pues, sin su respuesta; pero otro individuo que había oído la pregunta mía tuvo la bondad de responderme.

— Una *chinampero*, señor capitán — dijo quitándose el sombrero y saludando con la mayor fineza.

— Gracias — le respondí, devolviéndole el saludo á este amable personaje, cuyo raído traje hacía singular contraste con su gracioso donaire. — Le estoy á usted muy agradecido por su bondad, aunque no me explica gran cosa, porque no tengo la más remota idea de lo que significa la palabra *chinampero*. Quizas tenga V. la bondad de explicármelo.

— Con mucho gusto, señor, aunque yo pensaba que todo el mundo lo sabía; pero como V. dice que lo ig-

nora, tengo el mayor placer en informar á V. que un *chinampero*, ó *chinampera* si es mujer, es aquel que cultiva una *chinampa*, llamado por otro nombre jardín flotante.

— ¡ Ah ! ahora lo comprendo. ¿ Y ella se ocupa de eso ?

— No, no se ocupa precisamente de cultivar el jardín ; ese trabajo lo hace su padre, ayudado por su

hermano, que es el muchacho que ha visto V. remando en el bote.

¡ Era su hermano ! Respiré libremente.

— Su obligacion — continuó — es vender las flores en el mercado de Santo Domingo, donde ellos van ahora con el cargamento que V. ha visto. No tardará mucho en despacharlas ; no se acaban nunca los compradores en su puesto ; todos los jóvenes ricos están



¡ Bribon ! exclamé indignado.

prontos á pagar cualquier precio que ella pida. Ya quisiera yo poder hacer dinero tan pronto y tan fácilmente como *la bella chinampera*.

— ¡ Oh ! ¿ la llaman *la bella chinampera* ?

— Generalmente aquí en la ciudad la llamamos así, entre lo suyos es más conocida por *La Reina de los Lagos*.

— *La Reina de los Lagos* ; en verdad que es un nombre bonito y poético. ¿ Y de qué viene ese nombre ?

— No crea V. que es un disparate tan grande como á primera vista parece. Hay muchas reinas en el trono

que no tienen más derechos que ella. Dicen que es de sangre real, porque uno de los antepasados de Aztec era rey ó príncipe ; al ménos, yo lo he oido así. Sin embargo, no es por eso únicamente por lo que la llaman *Reina*, sino por sus maneras distinguidas y por su gran belleza ; ¡ porque convendrá V. en que es muy hermosa, señor capitán !

— ¡ Oh sí, perfectamente bella ! — añadí afectando un aire de indiferencia muy lejos de la realidad, porque no me gustaba mucho que adivinase el interes que me habia inspirado. Despues, continuando en el mismo tono de indiferencia :

—¿Y dónde vive Su Majestad, le pregunté?
 —Con su padre, por supuesto, en su chinampa, que está en el lago Chalco.
 —El padre tiene un nombre, supongo, algún apellido de Aztec.
 —¡Oh! sí que debe tenerlo entre su gente, para los cuales creo es su especie de cacique. Como V. sin duda sabrá, nuestros indios son tan buenos cristia-

nos y católicos como cualquiera de nosotros. Por supuesto, él ha sido bautizado como todos los demás. Aquí en la ciudad le llamamos D. Tito el Alcalde, porque ejerce ese empleo en su ciudad flotante.
 —Hay, pues, un pueblo de estas chinampas.
 —Si por cierto, señor, más de un pueblo en diferentes sitios al rededor de varios lagos. Este del cual es alcalde el señor Tito, es uno de los mayores, un



La Reina de los Lagos.

terreno de huertas que casi tiene una milla de largo.

—¿De veras? Debe ser cosa digna de verse.

—Así es; quizás su excelencia desearia ir á verlo; si es así.....

—¡Oh! no, no—dije cortando la proposicion.

Habia algo en aquel hombre que no me acababa de gustar. Yo habia conseguido todos los informes que necesitaba. Así que, sin dejarle hablar de nuevo, le dije.

—Doy á V. muchas gracias por su amabilidad que resalta más comparada con la rudeza del señor tan elegante á quien tuve la torpeza de dirigirme primero.

—¡Ah! caballero; el traje no siempre hace el

hombre, como su excelencia sabrá sin duda muy bien. Aunque no soy más que un pobre diablo, sé muy bien cómo debo portarme cuando llega el caso.

Por lo que su traje indicaba, aquel hombre debía pertenecer á la clase llamada *léperos* ó *petalos*, mendigos ó ladrones, segun, pero tenia buena conversacion y finura en sus maneras, que muchos caballeros hubieran deseado.

—En cuanto á él—añadió refiriéndose al hombre de las mangas rojas—su rudeza para con V. se explica muy bien.

—¿De qué modo?

—La historia de siempre. Él está enamorado.

—¿De modo que V. le conoce?

—No mucho, pero lo bastante para saber que se quiere por *la bella*, que la quiere con locura, y no puede soportar que nadie la mire siquiera.

—Muchas gracias por esa noticia: permítame usted demostrarle mi agradecimiento con esta moneda —dijo, alargándole una pieza de plata que yo supuse haría brillar sus ojos, y apretaría fuertemente entre sus dedos; pero no sucedió ni lo uno ni lo otro; en vez de esto, quitándose el sombrero de nuevo y dándole una graciosa vuelta en su cabeza, añadió:

—Muchas gracias, caballero, yo no puedo tomar su dinero de V., la gratitud no me lo permite.

—¡La gratitud! ¿Por qué?

—Por un servicio que su excelencia me ha hecho.

—¿Un servicio yo á Vd.? Debe V. estar equivocado, amigo mío. Por más que hago no recuerdo haberle á V. visto en mi vida.

—Pues me ha visto V., señor capitán, y como ya he dicho á V., me ha hecho un servicio que áun estimándolo en muy poco vale trescientos pesos, y en otro sentido muchísimo más.

—¿Cuándo y dónde?

—No importa dónde y cuándo: bástele á V. saber que su muy humilde servidor le está agradecido.

—Así parece en efecto, pero.....

—Pero—interrumpió cogiendo la conjunción—si usted está V. contento con palabras, déme V. ocasión de probárselo con obras.

—¿Y qué haría V.?

—Pues bien, señor capitán, creo que haría algo que le sería á V. muy agradable.

Al decir esto, hizo un gesto picaresco con sus atezadas facciones, y acercándose á mí añadí á media voz:

—Por supuesto, caballero, que ha comprendido la impresión que ha hecho en V. *la bella*. Cualquiera lo hubiese visto tan claro como yo habiéndose fijado un poco en la expresión de su cara, mientras seguía el bote con ardiente mirada y preguntaba de aquel modo tan especial: «¿quién es ella?» Ahora bien; aunque yo no soy más que un pobre diablo vestido de harapos, sé algunas coplillas. Además, tengo el honor de conocer personalmente á la Reina de los Lagos, y si su excelencia se siente inclinado á hacerle el amor, yo soy el hombre que le conviene para el negocio.

—¡Bribón!—exclamé indignado rechazando su proposición, y al mismo tiempo le volví la espalda y eché á andar.

No había andado muchos pasos, cuando un instinto de curiosidad, ó tal vez otra cosa, me hizo volver la cabeza y mirarle otra vez. Estaba todavía en el mismo sitio, parado, clavado más bien; sus facciones expresaban más admiración que disgusto. Sin duda, durante su larga carrera en esta clase de negocios, á los cuales supe después se dedicaba, no había tropezado nunca con tanta indignación como la que yo acababa de demostrarle.

CAPÍTULO III.

UNA CONVERSACIÓN FORZOSA.

Desde aquel día la calle de Plateros tuvo ménos atractivo para mí, y el Paseo de las Vigas mereció mi completa predilección. Todas las mañanas, á la misma hora, paseaba á lo largo del canal buscando un bote cargado de flores, con aquella flor la más preciosa de todos, puesto que era su reina.

No tuve necesidad de esperar mucho. Llegó al fin. Según supe después, iba dos veces por semana, poco á poco me enteré también de la hora, y ya mis paseos fueron más regulares. El hermano iba siempre con ella, puesto que era el patron y único locombre para dirigir la barca. Un hermoso muchacho, como ya he dicho, con facciones enteramente diferentes de las que yo había observado entre la gente vulgar de su raza. Á fuerza de preguntar me había enterado que la historia que me contó el pelado era verdad. Era de origen noble y tal vez real, puesto que podían probar que pertenecía á la familia de uno de los Aztecas príncipes que figuraron en la corte de Montezuma que cayó con Guatimozin. Esto no es raro en Méjico, donde se encuentran varios en estas circunstancias; aunque no todas tengan el atrevimiento de llamarse reyes.

Si Cortés no hubiera llegado nunca allí, ella habría sido, según todas las probabilidades, cuando ménos, princesa.

Tuve el placer de verla varias veces, y cada vez encontraba más y más que admirar; del tal modo llegó á dominar mi imaginación, que escasamente podía pensar más que en los medios de hacerla fijarse y pensar también en mí; deseo muy difícil de conseguir, y por largo tiempo sin esperanzas.

No puedo recordar las veces que yo paré aquel bote; compré ramos, los más caros, sin más objeto que tirarlos en cuanto la perdía de vista. Todo inútil. No era así como podía buscarse el amor de la Reina de los Lagos.

Perdía mi tiempo, lo mismo que perdía las flores que todos los días le compraba. Ya me había acostumbrado á desesperar del éxito, cuando ocurrió un incidente que dió ánimo á mis esperanzas, bien débiles hasta entonces.

En el ejército, cuyo uniforme yo usaba, había la regla rigurosa de asistir por la mañana y por la tarde á la parada, por muy pequeño que fuese el destacamento y áun cuando se estuviese de cuartel. Esto se hacía por mantener mejor la disciplina por supuesto, yo tenía que sujetarme á esta regla. El terreno en que yo acostumbraba á formar mi gente era el extremo del Paseo, en una explanada hermosa, perfectamente propia para el objeto.

Un día, en el momento en que yo despedí mis soldados de este ejercicio de puro adorno (era la parada de la tarde), cuando preparaba mi caballo para montarlo, vi aparecer por detras del banco del canal dos caras que desde luego fijaron mi atención.

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

À LUCÍA MALOT.

Ni un solo instante he dejado de pensar en ti, querida hija, mientras escribía este libro, y continuamente llegaba tu nombre á mis labios. — ¿Comprenderá esto Lucía? — ¿Interesará aquello á Lucía? Lucía siempre. Tu nombre, con tal frecuencia pronunciado, debe ir á la cabeza de estas páginas; ignoro la suerte que las espera, pero sea la que fuere, me habrán proporcionado dos placeres que valen tanto como todos los triunfos — la satisfacción de pensar que puedes leerlas — la alegría de hacerte con ellas este obsequio.

HECTOR MALOT.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO I.

EN LA ALDEA.

Soy expósito.

Pero hasta la edad de ocho años he creído que, como los demás niños, tenía madre, pues cuando lloraba había una mujer que me estrechaba contra su corazón y me oprimía dulcemente entre sus brazos para dormirme, deteniéndose al sentir este placer las lágrimas que se desprendían de mis ojos.

Nunca me acosté en mi cama sin que una mujer viniese á abrazarme, y cuando el viento de Diciembre lanzaba la nieve contra los helados vidrios, ella me cogía los pies entre sus dos manos y me los calentaba, entonando al mismo tiempo una canción de la que aún conservo en la memoria la música y algunas palabras.

Cuando guardaba nuestra vaca por los caminos cubiertos de hierba ó en los matorrales, y la tempestad me sorprendía, veíala correr á mi lado obligándome á que me cubriera con su zagalejo de lana, cuidadosamente puesto sobre mi cabeza.

Por último, siempre que tenía alguna reyerta con mis compañeros, quería que la contase mis penas, y ni una sola vez dejaba de encontrar buenas palabras para consolarme ó para darme la razón.

Por todo esto y por otras muchas cosas más, por la manera con que me hablaba, por sus caricias y por la dulzura que empleaba para reprenderme, creía yo que era mi madre.

He aquí ahora cómo he sabido que era mi nodriza.

Mi pueblo, ó para hablar con más propiedad, el pueblo en que me crié, pues no he tenido lugar de nacimiento, así como tampoco he tenido padre ni madre; el pueblo, en fin, donde he pasado mi infancia se llama Chavanon y es uno de los más pobres del centro de Francia.

Su pobreza no la debe á la apatía ó á la incuria de sus habitantes, sino á su propia situación topográfica en medio de una comarca estéril. El suelo no tiene profundidad, y para producir buenas cosechas serían necesarios abonos ó mejoras que faltan en el país. Así es que no se encuentran (ó por lo ménos no se encontraban en la época á que me refiero) sino pocos campos cultivados, al paso que se ven por todas partes vastos terrenos cubiertos de brezos y de esparto. En el punto mismo en que terminan los páramos comienzan los arenales, y sobre aquellos montículos soplan ásperos vientos que impiden crecer á los enfermizos árboles, cuyas torcidas y débiles ramas se alzan acá y allá.

Para encontrar frondosas arboledas es preciso abandonar las alturas y descender á los repliegues del terreno, en las orillas de los ríos, donde crecen grandes castaños y encinas vigorosas.

En uno de esos repliegues, en la orilla de un riachuelo que lleva sus rápidas aguas á uno de los afluentes del Loire, se levanta la casa en que he pasado mis primeros años.

Hasta que tuve ocho nunca vi en ella un hombre; sin embargo, mi madre no era viuda; pero su marido, cantero como gran número de obreros del país, trabajaba en París, de donde no había regresado desde que tuvo discernimiento para ver y comprender lo que me rodeaba. Algunas veces se recibían noticias suyas por uno de sus compañeros que venía al pueblo con frecuencia.

— Tía Barberin, vuestro marido está bueno; me ha encargado que os diga que el trabajo marcha bien, y que os entregue este dinero; ¿queréis contarle?

A esto se reducía lo que sabíamos de él; la tía Barberin se contentaba con aquellas noticias; su marido

estaba bueno, no escaseaba el trabajo y ganaba el sustento.

De que Barberin permaneciese tanto tiempo en París no se debe deducir que viviera en mala inteligencia con su mujer. Seguía en la capital porque en ella había trabajo. Hé aquí todo. Cuando fuese anciano volvería para vivir al lado de su mujer, y con el dinero que hubiesen reunido estarían libres de caer en la miseria durante el tiempo en que la edad le robaba la fuerza y la salud.

Cierto día de Noviembre á la caída de la tarde, un hombre desconocido para mí se detuvo ante nuestra puerta. Yo estaba en el umbral ocupado en partir un haz de leña. El hombre levantó la cabeza mirándome por encima de la empalizada, y me preguntó si vivía allí la tía Barberin.

Díjole que entrase.

Empujó la barrea, que crujió en su venecjo, y con paso lento se dirigió á la casa.

En mi vida he visto un hombre más lleno de cazarrias; grandes manchas de lodo, las unas húmedas todavía y las otras ya secas, cubrían su cuerpo desde los piés hasta la cabeza, y al mirarle no era difícil comprender que había hecho un largo viaje por malos caminos.

Al ruido de nuestras voces acudió la tía Barberin, y en el momento de pisar el umbral se encontró enfrente del recién venido.

—Traigo noticias de París—la dijo.

Aquellas sencillas palabras habían resonado más de una vez en nuestros oídos; pero el tono con que fueron pronunciadas no se parecía en nada al que acompañaba otras veces á la consabida frase: «Vuestro marido está bueno, el trabajo marcha bien.»

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó la tía Barberin uniendo las manos;—¡alguna desgracia le ha ocurrido á Jérôme!

—Es cierto, mas no debeis sucumbir al dolor; vuestro marido está herido, ésta es la verdad, pero no ha muerto; quizás quedé lisiado. Por ahora está en el hospital. Mi cama se hallaba al lado de la suya, y al saber que yo venía á mi pueblo me encargó que os participara el percance. No puedo detenerme porque áun me faltan tres leguas de camino y la noche se aproxima.

La tía Barberin, ansiosa por saber más noticias, rogó al hombre que se quedara á cenar; los caminos estaban muy malos; se decía que habían aparecido algunos lobos en los bosques; al día siguiente continuaría el viaje.

Sentóse el hombre junto á la chimenea, y mientras comía nos refirió de qué manera había ocurrido la desgracia: algunos maderos de un andamio cayeron sobre Barberin dejándole malparado, y como se pudo probar que no estaba en su puesto, el contratista se negó á pagarle indemnización.

—Es muy desgraciado el pobre Barberin—dijo el hombre—es muy desgraciado; cualquier picaro hubiera hecho su fortuna por ese accidente, pero vuestro marido no tendrá ni un céntimo.

Y sacando las piernas de su pantalón, que estaban tiesas bajo la capa que las cubría de barro endurecida,

no cesaba de repetir esta frase: «es muy desgraciado»; con un dolor tan sincero que no costaba gran esfuerzo adivinar el placer con que él mismo se hubiera lisiado á trueque de conseguir una indemnización.

—Sin embargo—dijo cuando terminó su relato—yo le he aconsejado que demande al contratista ante los tribunales.

—¡Un pleito cuesta mucho!

—¡Sí; pero cuando se gana!...

La tía Barberin deseaba ir á París, pero no era fácil emprender un viaje tan largo y tan costoso.

Al día siguiente, por la mañana, bajamos al pueblo para consultar al párroco. Éste no consintió en que marchase la mujer sin saber antes si podía ser útil á su marido. Escribió al capellan del hospital en que estaba Barberin, y algunos días después recibió una carta en que se le decía que la mujer del enfermo no se pusiera en camino, sino que debía enviar cierta cantidad á su marido, el cual iba á demandar judicialmente el contratista en cuya obra se había inutilizado.

Transcurrieron días y semanas; con frecuencia se recibían cartas pidiendo nuevas remesas de dinero; la última, más apremiante que las otras, decía que si no había dinero se vendiese la vaca para conseguirlo.

Únicamente los que han vivido en el campo con los aldeanos comprenden el dolor y la angustia que encierran estas tres palabras: «vender la vaca.»

Para el naturalista la vaca es un ruminante; para el viajero es un animal que compone muy bien en un paisaje cuando levanta por encima de la hierba su negro hocico, húmedo por el rocío de la mañana; para el hijo de las grandes poblaciones es la fuente de la leche y el origen del queso y de la nata; mas para el campesino es algo mejor que todo esto. Por pobre que sea y por numerosa que pueda ser su familia, mientras tenga una vaca en su establo no le inquieta el temor de pasar hambre. Con una correa, con un sencillo venecjo atado á los cuernos, un niño pasea la vaca por los senderos cubiertos de hierba, en los que el pasto no pertenece á nadie, y por las noches la familia entera tiene manteca para cenar y leche para mojar patatas; el padre, la madre, los hijos, así los grandes como los pequeños, todos viven de la vaca.

También vivíamos de la nuestra la tía Barberin y yo, que hasta entónces muy pocas veces habíamos comido carne. Pero no era tan sólo nuestra nodriza, era nuestra amiga, nuestra compañera; pues no se debe creer que la vaca es un animal estúpido; al contrario, es un animal lleno de inteligencia y de cualidades morales, tanto más desarrolladas cuanto más se cultiven por la educación. La acariciábamos, la hablábamos, nos comprendía, y ella, por su parte, con sus grandes y redondos ojos impregnados de dulzura, sabía muy bien expresarnos lo que deseaba ó lo que sentía.

En una palabra, la queríamos y nos quería, que es cuanto hay que decir.

A pesar de todo era preciso separarse, pues tan

solo con la venta de la vaca se podía satisfacer la petición de Barberín.

Vino un comprador á casa, y despues de haber examinado bien á la *Roussette*, despues de palparla en todas direcciones, moviendo la cabeza con aire de descontento; despues de haber dicho y repetido cien veces que no le convenia por completo, que era una vaca de pobres, que no podría revenderla, que no tenia leche, y que daba mala manteca, acabó por declarar que la compraba solamente por lástima y por complacer á la tía Barberín, que era una hourada mujer.

La pobre *Roussette*, como si se diese cuenta de lo que pasaba, no queria salir del establo, y empezó á mugir.

—Vé por detras y échala —me dijo el chalan, alargándome el látigo que llevaba rodeado al cuello.

—No hace falta —dijo la tía Barberín.

Y asiendo la correa que estaba atada á los cuernos de la vaca, la habló con dulzura:

—Vamos, hermosa, vén, vén.

Roussette no se resistió; cuando el chalan llegó al camino la sujetó á la traserá del carro, y no sin resistencia siguió el paso del caballo.

Mucho tiempo despues de haber entrado en casa oíamos los mugidos del pobre animal.

Ya no habia leche ni manteca. Por la mañana un pedazo de pan; por la noche patatas con sal.

Llegó el mártres de Carnaval á los pocos dias de la venta de *Roussette*; el año anterior, en el mismo dia, me regaló la tía Barberín bollos y tortas, y comí tantas, que la pobre mujer estaba encantada.

Pero entonces no teniamos á *Roussette*, que nos habia dado leche para desleír la pasta y manteca para la sarten.

Ya no habia *Roussette*, ni leche, ni manteca, ni mártres de Carnaval; esta reflexion me entristecia.

Pero la tía Barberín me preparaba una sorpresa; aunque no era pedigüña, habia rogado á una vecina que le diera una taza de leche, á otra un pedazo de manteca, y cuando volví al mediódia la encontré disponiéndose á echar la harina en una gran cazuela.

—¡Hola! ¿harina tenemos? —dijo acercándome á ella.

—Si —contestó sonriéndose —en efecto, es harina, pobre Kani, y harina buena de trigo; ¿no percibes qué bien huele?

Si me hubiera atrevido, hubiese preguntado para qué era aquella harina; pero precisamente porque tenia gran deseo de saberlo no me decidí á hablar. Ademas, yo no queria decir que sabia estábamos en mártres de Carnaval para no causar tristeza á la tía Barberín.

—¿Qué se puede hacer con harina? —dijo mirándome.

—Pan.

—¿Y qué más?

—Papilla.

—¿Y qué más aún?

—¡Caramba..... no sé!

—Si lo sabes; pero como eres bueno no te atreves á decirlo. Tú sabes que hoy es mártres de Carnaval,

dia de bollos y tortas. Pero como tambien sabes que no tenemos ni manteca ni leche, no te determinas á hablar. ¿No es cierto?

—¡Oh tía Barberín!

—Como yo habia adivinado todo esto, he querido que pases con alegría el mártres de Carnaval. Mira en el artesón.

Levanté rápidamente la tapa y vi leche, manteca, huevos y tres patatas.

—Dame los huevos —me dijo — y mientras yo los rompo munda tú las patatas.

Así lo hice, cortándolas en pequeños trozos, y entre tanto rompió ella los huevos sobre la harina, y se puso á batir la masa, vertiendo encima de vez en cuando una cucharada de leche.

Cuando estuvo la pasta desleída puso la tía Barberín la cazuela sobre el rescoldo, y ya no habia más sino esperar hasta la noche, pues á la hora de cenar debiamos comer los bollos y las tortas.

En honor de la verdad, confesaré que se me hizo el día desmesuradamente largo, y que más de una vez fui á levantar el paño que tapaba la cazuela.

—Vas á enfriar la pasta —decia la tía Barberín — y no fermentará.

Sin embargo, fermentaba muy bien, y de trecho en trecho aparecian borbotones que estallaban en la superficie. De toda la masa en fermentacion se desprendia un olor exquisito de huevos y de leche.

—Parte un poco de leña —me decia — necesitamos un buen fuego que no produzca humo.

Encendimos la lumbre.

—¡Pon más leña!

No me hice repetir aquella órden, que esperaba con impaciencia. Elevóse la llama en la campana de la chimenea, y su vacilante luz iluminó toda la cocina.

La tía Barberín descolgó entonces la sarten, colocándola sobre el fuego.

—Dame la manteca.

Tomó con la punta del cuchillo un pedazo del tamaño de una nuez y lo puso en la sarten, donde se derritió al momento.

¡Ah! Era un olor excelente, que nos agradaba tanto más, cuanto que hacia mucho tiempo no lo habiamos aspirado.

Y no era ménos agradable música la que producía el ruido de la manteca al derretirse.

Á pesar de la atencion con que escuchaba aquella música, me pareció oír ruido de pasos en el corral.

¿Quién vendría á incomodarnos á tal hora? Sin duda sería alguna vecina para pedirnos lumbre.

Pero no me preocupó mucho aquella idea, porque la tía Barberín, que habia introducido el cucharón en la cazuela, acababa de deslizar en la sarten un trozo de blanca pasta, y no era aquél momento oportuno para distraerse.

Resonaron algunos bastonazos en el umbral, y en el mismo instante se abrió la puerta bruscamente.

—¿Quién está ahí? —preguntó la tía Barberín sin volverse.

Habia entrado un hombre, y el resplandor de la llama, que le iluminaba de lleno, me permitió ver

que estaba vestido con una blusa blanca, y que tenía en la mano un bastón muy grueso.

—¿Se celebra aquí la fiesta? No os incomodeis—dijo con rudo acento.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó la tía Barberin, poniendo con viveza la sartén en el suelo; —¿eres tú, Jérôme?

Levántandome luego en brazos me llevó hacia el hombre, que se había detenido en el umbral:

—Es tu padre.

CAPÍTULO II.

EL QUE DA DE COMER.

Me acerqué á él para abrazarle, pero me detuvo con la punta del bastón.

—¿Quién es éste?

—Es Komi.

—Me habías dicho....

—Sí, es verdad, pero.... no es cierto, porque....

—¡Ah! no es cierto, no es cierto.

Dió algunos pasos hacia mí con el bastón levantado, que me obligó á retroceder instintivamente.

¿Qué había hecho yo? ¿De qué falta era culpable? ¿Qué razón había para que me hiciese aquella acogida cuando iba á darle un abrazo?

No tuve tiempo para examinar estas diferentes dudas que se agolpaban en mi turbado espíritu.

—Ya veo que celebráis la fiesta—dijo;— está bien, me alegro, porque tengo hambre. ¿Qué hay para cenar?

—Estaba haciendo tortas.



Me obligaba á cubrirme con su zagalejo.

—Ya lo veo; pero no pretenderás dar tortas á un hombre que acaba de andar diez leguas.

—No tengo más; no te esperábamos.

—¡Cómo! ¿no hay nada? ¿no hay nada para cenar?

Y dirigió una mirada al rededor.

—Aquí hay manteca.

Miró al techo hacia el sitio en que se acostumbraba á colgar el tocino; pero hacía mucho tiempo que el garfio estaba vacío, y solamente pendían de la viga algunas cabezas de ojo y dos ó tres cebollas.

—¡He aquí cebollas—dijo al mismo tiempo que tiraba una con el bastón;—cuatro ó cinco, y un pedazo de manteca, servirán para hacer una buena sopa. Aparta las tortas y frie las cebollas en la sartén.

¡Retirar la torta, que comenzaba á estar en sazón! La tía Barberin no replicó ni una palabra. Por el contrario, se apresuró á cumplir la orden de su marido, mientras que éste se sentaba en el banco al lado de la chimenea.

Yo no me había atrevido á moverme del sitio donde me llevó el bastón, y apoyado en la mesa, le miraba fijamente.

Era un hombre que contaría unos cincuenta años, de fisonomía dura y tosco aspecto; llevaba la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, á consecuencia de la herida que había recibido, y aquella deformidad contribuía á que su presencia fuese poco tranquilizadora.

La tía Barberin había vuelto á colocar la sartén en el fuego.

—¿Piensas hacer la sopa con ese pedacito de manteca?—dijo el hombre.

Tomando entonces el plato en que estaba la manteca, echó toda la pella en la sartén.

¡Se acabaron las tortas y la manteca!

En cualquier otro momento, confieso que me habría conmovido mucho aquella catástrofe; pero ya no me acordaba de los bollos ni de las tortas; la única idea que agitaba mi espíritu era la de que aquel hombre tan grosero era mi padre.

«¡Mi padre, mi padre!» Y no cesaba de repetir maquinalmente estas palabras.

Nunca me había dado cuenta exacta de lo que era un padre, y vagamente, por instinto, creía que era una madre con la voz más gruesa; mas al ver el que

caía del cielo, me senti sobrecojido y dominado por una impresion muy dolorosa.

Hubiera querido abrazarle, pero me hubiera rechazado con la punta del baston; ¿por qué? La tia Bar-

berin no me habia rechazado nunca cuando me acercaba á ella; léjos de esto, me tomaba en sus brazos, acariciándome con gran ternura.

— En vez de estar ahí quieto como si estuvie-



¿ Se celebra aqui la fiesta ?

ras helado — me dijo — pon los platos en la mesa.

Me apresuré á obedecer. La sopa estaba hecha. La tia Barberin la puso en los platos.

Entónces, dejando el banco, se sentó á la mesa y

empezó á comer, deteniéndose de vez en cuando para mirarme.

Estaba tan turbado, tan inquieto, que no podía comer, y tambien le miraba, pero sin que él me viesse,



Aporado en la mesa, le miraba fijamente.

y bajando los ojos cuando fijaba en mí los suyos.

— ¿ No come otras veces más que ahora? — preguntó de repente alargándome su cuchara.

— ¡ Ah! sí, come muy bien siempre.

— ¡ Tanto peor! ¡ Valiera más que no comiese.

Se comprenderá sin gran trabajo que yo no tendria

gana de hablar, y la tia Barberin no estaba en mejores disposiciones para seguir la conversacion; iba y venia en torno de la mesa, cuidando solamente de servir á su marido.

— ¿ No tienes apetito? — me dijo el hombre.

— No.

— Pues bien, vé á la cama, y cuida de dormirte pronto si no quieres verme irritado.

La tía Barberin me dirigió una mirada dándome á entender que obedeciera sin replicar. Pero era inútil la recomendación, porque no pensaba desobedecerle.

Como sucede en un gran número de casas de labriego, la cocina nos servía también de alcoba. Cerca de la chimenea estaba todo lo que se necesitaba para comer: la mesa, el artesón y la alacena; en el otro extremo, los muebles para dormir; en un ángulo, la cama de la tía Barberin; en el rincón opuesto la mán, que se hallaba en una especie de armario rodeado por un fleco rojo.

En un instante me desnudé y me metí en la cama. Pero dormir..... era otra cosa.

No se duerme porque á uno se lo manden; se duerme cuando se tiene sueño y cuando se está tranquilo. Y yo no tenía sueño ni tranquilidad.

Era muy desgraciado y me atormentaba la idea de siempre.

¿Cómo! ¿Aquel hombre era mi padre? ¿Por qué me trataba con tanta dureza?

Con la cara pegada á la pared hacía esfuerzos prodigiosos para desechar aquella idea y dormirme como me había mandado; era imposible. No llegaba al sueño, y jamás había estado tan despierto.

Al cabo de cierto tiempo, no puedo decir cuánto, al que alguien se acercaba á mi cama.

En la torpeza y lentitud de los pasos reconocí en seguida que no era la tía Barberin.

Una bocanada de aire caliente rozó mis cabellos.

— ¿Duermes? — preguntó una voz comprímola.

No tuve la menor intención de responder, porque las terribles palabras « si no quieres verme irritado », resonaban todavía en mis oídos.

— Está dormido — dijo la tía Barberin; — en cuanto se acuesta se duerme; es su costumbre; puedes hablar sin temor de que te oiga.

Indudablemente, debí confesar que no dormía; pero no me atreví; me habían mandado que durmiera, no obedecía, luego estaba cometiendo una falta.

— ¿Cómo está tu pleito? — preguntó la tía Barberin.

— ¡ Perdidó! Los jueces han fallado de que no estaba en mi puesto cuando me caí del andamio, y que, por consiguiente, no me debía indemnizar el contratista.

En el acto pegó un tremendo puñetazo en la mesa, jurando como un carretero y sin decir una sola palabra sensata.

— ¡ Perdidó el pleito — repuso en seguida — perdido nuestro dinero, yo lisiado — la miseria: hé aquí todo! Y como si esto no fuese bastante, al entrar aquí me encuentro con ese chiquillo. ¿Quieres decirme por qué no has hecho lo que yo te mandé? »

— Porque no he podido.

— ¿ No has podido llevarlo al asilo de expósitos? »

— No debía abandonar de esa manera á un niño que se ha alimentado á mis pechos y á quien se quiere.

— No es tu hijo.

— Tampoco pude obedecerte, porque precisamente el día en que pensaba llevarle cayó enfermo.

— ¿ Enfermo? »

— Sí, enfermo; no me parecía la ocasión oportuna para llevarle al asilo y matarla.

— ¿ Y después de curarse? »

— No se curó en seguida. Después de aquella enfermedad, tuvo otra; tosía de un modo que partía el corazón. De eso mismo murió nuestro pobrecito Nicolás: creía que si lo llevaba á la ciudad moriría también.

— ¿ Y después? »

— ¡ Había pasado tiempo; puesto que esperé hasta entonces, podía esperar un poco más.

— ¿ Qué edad tiene, próximamente? »

— Ocho años.

— ¡ Pues bien! Á los ocho años irá donde debió ir hace tiempo, y le será mucho más agradable; eso habrá ganado.

— ¡ Ah! ¡ Jérome, no harás lo que dices.

— ¡ Que no lo haré! ¿ Y quién me lo estorbará? »

¿ Crees que podemos tenerle siempre á nuestro lado? »

Hubo un momento de silencio y pude respirar; la emoción me apretaba la garganta hasta el punto de ahogarme.

La tía Barberin repuso al mismo tiempo:

— ¡ Ah! ¿ cómo te ha cambiado la vida de París! No hubieras dicho nunca eso antes de ir á la capital.

— Es posible. Pero lo que hay de seguro es que si París me ha cambiado también me ha puesto inútil. ¿ Cómo he de ganar tu sustento y el mío? No tenemos dinero. Hemos vendido la vaca. ¿ Es posible que cuando estamos en la miseria alimentemos á un chico que no es nuestro? »

— Es mío.

— Ni á tí ni á mí se parece en nada. No es hijo de campesinos. Mientras cenábamos he estado mirándole con atención: es de contextura delicada, flaco, sin brazos ni piernas que indiquen robustez.

— Es el chico más guapo de este país.

— No diré que no sea guapo. ¡ Pero fuerte!... ¿ Crees tu que su belleza le dará de comer? ¿ Se puede trabajar con unos hombros tan estrechos como los suyos? Es un niño de ciudad, y los niños de las ciudades para nada nos sirven en el campo.

— Te digo que es un chico muy bueno, con mucho talento y con un corazón muy bondadoso. Ya verás cómo trabaja para nosotros.

— Sí, pero hasta entonces tendremos que trabajar nosotros para él, y yo no estoy en disposición de hacerlo.

— Y si sus padres lo reclaman, ¿ qué cuenta les darás de él? »

— ¡ Sus padres! ¿ Acaso los tiene? Si los tuviese ya le hubieran buscado, y en ocho años le encontrarían fácilmente. ¡ Ah! ¡ Buena tontería he cometido creyendo que tenía padres que le reclamasen y que nos pagarán el trabajo de haberle criado. He sido un imbécil, un estúpido. El hecho de estar envuelto en hermosos pañales de lila con encajes no quería decir que sus padres le habían de buscar. Es posible que hayan muerto.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO PUENTES.

CAPÍTULO PRIMERO.

PRIMEROS PERSONAJES. — SK ENBARCAN. — MASTER CRIBSBOW. — MURMURACIONES DE SURDID. — EL NAUFRIO DE LA NAZIZ ROJA.

I.

En las primeras horas de la mañana del 13 de Setiembre de 1850 llamaban en gran manera la atención de cuantas personas transitaban por la espaciosa calle Imperial de la antigua ciudad de Algeciras, cinco extraños personajes que marchaban en fila y á buen paso por la acera.

Defecaban los transeúntes al verles y, llenos de curiosidad, les seguían con la mirada por buen espacio de tiempo; después continuaban su camino. Causaban la admiración de los vecinos madrugadores de Algeciras, en primer término, un hombre de negras patillas, chispeantes ojos, tostada epidermis y alta estatura; y bastaba fijar en él la vista para darse cuenta de su profesión: era marino. Vestía, pues, como tal; pero advertíase con extrañeza, que, á pesar de lo caloroso de la estación y de que el cielo estaba límpido y sereno, llevaba puesto el traje de agua, esto es, un enorme sudeste de hule, encasquetado hasta las cejas, chaquetón y pantalones impermeables y alti botas de triple suela.

Este personaje era el primero de la fila; seguía detrás de él, poco menos que pisándole los talones, un grumete de cuerpo admirablemente contorneado; mas de la belleza ó deformidad de su rostro no podía juzgarse, porque grandes tizones le desfiguraban. Esta particularidad dábase apariencias de ayudante de foguero; su andar era vacilante y llevaba la cabeza caída sobre el pecho como si quisiera evitar las miradas de los transeúntes que hallaba al paso.

En pos del grumete caminaba un negrozco de faz riente, blanca dentadura, aplastada nariz y londa cabellera; llevaba á hombros un baul de gran tamaño, y vestía de marinero.

Detras de este personaje iba un ente curiosísimo: caminaba á saltos, ora en dos piés, ora en cuatro, según mejor le cuadraba. Era un remedo de la estructura del hombre; su piel, exceptuando la cara, oreja y palma de la mano, hallábase cubierta de largos pelos negros; una especie de tapacabo de tela blanca atado á la cintura pendía por delante. Esta extraño criatura representaba uno de los más hermosos ejemplares de la numerosa familia de los *primates*, denominación general con que el naturalista Linneo designó á los seres cuadrumanos. El aire grotescamente

serio del que me tempa hacia sonreír á cuantos le contemplaban; en el extremo de un nudoso baston llevaba atado una muleta, que hacía descansar á ratos sobre su ancha espalda.

Inmediatamente después del cuadrumano seguía en el orden de la marcha un individuo de la numerosa familia felina; era un hermoso perro perdiguero de los de mayor tamaño; sujeto con la boca llevaba un pañuelo atado por las cuatro puntas, que parecía contener un litro de ropa. Con el rabo levantado y la nariz al viento, dándose cuenta de sus múltiples emanaciones, caminaba al can detrás de los que le precedían, paso entre paso; siendo en este punto una excepción de sus congéneres, pues el mayor número de ellos va siempre de un lado para otro y recorre cien veces el camino.

Tales eran, discreto lector, con sus más sobresalientes rasgos, los cinco personajes (perdona si en esta calificación incluyo al mono y al perro) que en fila india, ni más ni ménos que si caminase por los bosques vírgenes de América, marchaban por la calle Imperial de Algeciras, ó *Al-Djesirah*, como la denominó el bereber Tarck-ben-Zeyad, cuando al frente de 12.000 bereberos de la guarnición de Tánger se apoderó de ella, el 28 de Abril de 711, sin esfuerzo alguno, pues se encontraba completamente desprovista de tropas y fortificaciones que la defendiesen.

II.

No eran tan sólo las señales distintivas de las individualidades que he descrito lo que más llamaba la atención de los transeúntes, sino la uniformidad de movimientos que comunicaba la primera á las demás.

En efecto, si el marino, que iba á la cabeza de todos, se echaba á un lado para no tropezar con alguno; seguían al punto aquel movimiento ondulatorio el grumete, el negro, el mono y el can; fuese cual fuese la línea, recta, oblicua ó ondulada, que siguiera el hombre del traje de agua, marchaban en pos suya sus acompañantes, como si fuesen la continuación de los movimientos que éste ejecutaba.

Absoluto silencio observaban entre sí los individuos que componían esta singular caravana; sólo de vez en cuando permitíase el olimpante dar una caridada ó hacer un ridículo visaje á algún madrugador transeúnte de los que encontraba al paso. También el perro, para imitar á su superior jerárquico en la escala zoológica, dejaba escapar alguna que otra vez, de su robusta garganta, un alegre murmullo, imprimía á su cola rápidos movimientos, y aun solía ama-

gar con un mordisco los calcañales del mono, que siempre andaba, con este motivo, ojo avizor.

Pocos momentos antes había salido la caravana de uno de los más notables edificios situados en la plaza Alta; alejóse de allí con rapidez, y penetrando en la calle Imperial, recorrió á grandes pasos su no escasa pendiente, porque desde la marina la población se eleva sobre una pequeña colina hasta la altura de 240 piés sobre el nivel del mar, en cuyo punto está situada la plaza de San Isidro, que es la parte más alta de la ciudad.

En breve llegó el que parecía jefe con sus acompañantes á la plaza Baja, inmediata á la marina, y desde allí, con algunas zancadas, plantóse en el puerto ó embarcadero, que se encuentra establecido casi enfrente de la boca del río de la Miel.

Cerca del embarcadero veíase una chalupa; el marino que se encontraba en ella, apenas apercibió al marino, empuñó un bichero, y arrióse al muelle cuando pudo la ligera embarcación.

Pronto saltaron en ella el hombre del traje impermeable, el tiznado grumetillo, el negro de blancos dientes, el chimpancé y el perro.

Tomó el marino los cordones del gobernalle, sentóse á su lado el grumete, sobre el pañol de proa se encaramó el can ladrando alegremente, y los demás empuñaron los remos, siendo uno de tantos el mono, que manejaba los suyos halando hácia avante como el más hábil marinero.

La barquilla viró de bordo, y se alejó rápidamente del embarcadero.

III.

Pocos instantes después de haberse apartado de la orilla, llegó apresuradamente al embarcadero un hombre como de cincuenta años de edad, fornido, robusto, lleno de vida al parecer.

Eran rasgos característicos de su fisonomía una afilada y curva nariz, unos ojos en cuyas miradas resplandecía la mayor suma de actividad é intencion, una habla saliente que parecía lo más por la enorme perilla salpicada de pelos grises que en ella se desarrollaba, y como complemento de este conjunto, inculta cabellera, pómulos salientes y pobladas cejas de repulsiva expresión.

Vestía un largo redingote de lanilla, llevaba en la cabeza un sombrero de paja de Italia, y ostentaba sobre el chaleco una gruesa cadena de reloj.

Algunos viejos marineros, reunidos en la extremidad del muelle, hablaban de asuntos concernientes á su oficio, cuando uno de ellos reparó en la llegada del sujeto del redingote, y llamando sobre él la atención de sus camaradas, díjoles guiñando un ojo:

—Trempano ha venido por Algeciras la mala sombra del inglés de pega, del *mislor* gibraltareño.

—Es que ahora —repuso otro hombre del grupo— no vive ya en el peñon, sino en nuestra ciudad; en la casa misma que fué de su pobre hermano....

—¡Males tiburones se comen á ese Sr. Ballesta!....

—¡Callate, viejo Pacorro!; Si te oyera!....

—¿Y qué?

—¿No sabes que por renegar de todo lo que huele

á español no quiere que se lo llame Sr. Ballesta, sino *mislor Crósbow*, que eso quiere decir su apellido en la lengua de John Bull?

—¡Vaya! —exclamó socarronamente uno de aquellos viejos lobos de mar;— si querrá el maldestro ser más inglés que los mismos que han nacido en Inglaterra!

IV.

Entre tanto, el hombre de quien tales antecedentes daba aquella ruda gente de mar observaba desde el embarcadero con suma atención la anclurosa bahía de Algeciras, que se extiende hasta Gibraltar.

Con singular fijezá reconcentraba su activo mirar en un buque anclado á gran distancia.... Era una corbeta de hermoso gálibo; su arboladura, levemente inclinada hácia popa, dábale tal aspecto de ligereza, que el conjunto contrastaba singularmente con el aspecto macizo y pesado de muchas de las embarcaciones que á su alrededor veíanse fondeadas.

El casco estaba pintado de negro, y tanto en éste como en la jarcia y aparejo, el ménos ducbo en las cosas de mar advertía que reinaba en aquel buque, hasta en los menores detalles, la más escrupulosa atención.

Ni una cuerda, ni un moton, ni un cabo estaban fuera de su lugar; indudablemente el capitán de la corbeta gustaba de que todas las cosas estuviesen á punto, y el contramaestre, por lo que se veía, era hombre que no ignoraba el exacto cumplimiento de su obligación.

Seguía el sujeto del redingote haciéndose todo ojos, como suele decirse, examinando el mar y la embarcación, con tan singular insistencia, que apenas se cuidaba de lo que á su alrededor acontecía. Los viejos marinos del grupo á que ántes me referí, poseídos de curiosidad, observaban á su vez todos los movimientos del inglés de pega, según ellos le llamaban.

—Algo trae por aquí este pajarraco de mal agüero —decía en este instante uno de aquellos hombres.

—Aguantémonos aquí al remo para ver de lo que trata —exclamó otro.

—Parece que quiere *jamarse* con los ojos —añadió un tercero —á la corbeta de que es armador y capitán su sobrino don Félix.

—Tragadernos para eso y mucho más tiene ese inglés falsificado. Sin duda el *gachó* no está conforme con haberle desposeído judicialmente de la herencia que le dejó su padre al poner la *proba* para el otro barrio.

—Pues no es el capitán don Félix Ballesta de los que se dejan entrar al abordaje sin disparar la última carronada.

—No, ciertamente, porque es un bravo marino capaz de apostárselas con el diablo en persona; pero en asuntos en que dance su tío el inglés, siempre saldrá él perdiendo.

—¿Por qué, Pacorro, por qué? —dijeron con cierta irritación los otros marineros.

—¡Toma! —exclamó el llamado Pacorro;— porque don Félix es un hombre á carta cabal, y su tío un sollastro que debía estar colgado hace siete siglos

de los penoles de la verga de gavia. Cuando un hombre bueno entra en dares y tomares con un pícaro, es cosa cierta, donde que el mundo es mundo, que el primero queda al fin pasado por ojo.

V.

Cerca de media hora hacía ya que el tío de don Félix, á quien aludían los marineros, había llegado al muelle y examinaba la bahía con cierta ansiedad, que no trataba, ciertamente, de encubrir, cuando de improviso reflejóse en su extraña fisonomía cierta satisfacción....

Acentuábase ésta á medida que avanzaba hácia el embarcadero una barquilla que tripulaba un solo hombre, el cual hacía fuerza de remos para ganar cuanto antes la escalerilla del muelle.

Pocos momentos hacía, como quien dice, que el pequeño esquife acababa de separarse de los costados de la corbeta, y en el gran vigor con que bogaba el marinero advertíase que éste deseaba llegar á tierra á la mayor brevedad posible. El hombre del redingote seguía su aproximación con afán creciente.

Pasaron quince minutos, y la barquilla atracó al embarcadero. Poco despues saltó en él el hombre que la conducía.

Era un marinero de roja y amarcañada cabellera, de ampatada nariz y de ojillos verdosos, en los que resplandecía un mundo de malicia y perversidad.

Despojándose de la gorra se acercó al sujeto que parecía esperarle. Éste le preguntó en inglés:

—¿Has cumplido, William?

—Sí, como mandasteis, capitán Cróssbow. Di el recado á vuestro sobrino, y contestéme que en seguida vendría á tierra á fin de enterarse del servicio que reclamaba de él los Sres. Rodríguez, Jackson y Compañía.

—Bien, bien. ¿Observaste algo?....

—Nada. El segundo contramaestre díjome que dentro de tres días saldría la corbeta, en lastre, para Marsella....

El capitán Cróssbow, pues así le llamó el marinero, hizo un gesto incomprensible, porque tanto podía ser de impaciencia como de contrariedad ó de despecho. Despues preguntó imperiosamente:

—¿Qué más tienes que decirme?

—Estado á bordo llegó el bote de la corbeta con el primer contramaestre, el negro cocinero, un grumete que no conozco y el maldito orangután.

—Bien; voyme á la tienda de la Marina á hacer tiempo.... Tan luego desembarque mi sobrino avisárame sin tardanza.

—Así lo haré, capitán Cróssbow.

—Cuidado—dijo éste en súa de amenaza—con irté á la taberna para atiborrarte de Jim....

—No lo haré, capitán. Cuando volvais encontraré mi nariz tan amoratada como ahora; señal cierta de que no lo habré catado.

CAPÍTULO II.

AL-DJEZIRAH.—RESEÑA DESCRIPTIVA.—Á BORDO DE UN BOTE.—INTRIGA.—EN LA CORBETA.—LO QUE PENSABA LA GENTE DE Á BORDO.

I.

Pudiera ser la antigua ciudad de Algeciras dignísima rival, en más de un concepto, de la plaza de Gibraltar que tiene enfrente. No entraré en la serie de consideraciones que podrían justificar el anterior aserto, porque no es pertinente al principal objeto de esta historia.

Pero si manifestaré, puesto que en la primera de aquellas ciudades radica, permitaseme decirlo así, el comienzo de mi narración, hacer una ligerísima reseña de la población citada, que desde Octubre de 1843 ostenta el título de *May Ilustre y Patriótica Ciudad*.

Justifícase su importancia con los siguientes datos que tengo á la vista: residen en ella 1.788 militares activos, 1.462 individuos de la armada, y 222 matriculados: 141 capitanes de buques, y 1.183 marineros: 726 comerciantes; 48 fabricantes, y 1.221 que explotan diferentes industrias. La población total es de 18,216 habitantes.

Entre los diversos nombres que asignaron á esta ciudad los escritores antiguos al investigar sus orígenes, prevalece como el asentado en más auténticas bases el de *Truducta*, que por aféresis es el que se lee en sus medallas. Posteriormente, según he dicho antes, el bereber Tarck-ben-Zeyud la denominó en 711 *Al-Djezirah*, que por corruptela ha dado el nombre con que hoy se la designa.

Encuétrase situado á los 0° 51' 10" de longitud y 36° 8' de latitud del meridiano de Cádiz, en la orilla del mar y costa O. de la bahía de Gibraltar, de cuyo Peñón, llamado por los antiguos *Monte Calpe*, dista sólo tres millas.

En el bajo de la Perla da principio la bahía de Algeciras; desemboca en ella el río de la Miel, y frente á él se halla establecido el embarcadero; en la márgen S. de este río existe el antiguo arrabal conocido aún por Villa Vieja, el cual por medio de un puente se comunica con la ciudad.

Goza de un clima tan benigno y apacible, que celebraron grandemente su excelencia los antiguos romanos y los árabes.

II.

Por otra parte, vista de frente la población, ofrece una bella perspectiva, porque desde la playa se eleva en suave pendiente, sobre la falda de una colina, hasta la plaza de San Isidro, que se halla á 240 piés sobre el nivel del mar.

Su fondeadero está al abrigo y perfectamente resguardado de todos los vientos del N. O., y en algún tanto de los del S. y los del E. Como á una milla al S. E. de la playa, cual centinela avanzado de la ciudad, se encuentra situada la isla Verde, de corta extensión y elevada poco más de 30 piés sobre la superficie del mar. Existen varios almacenes en la isla, y rodéala una fuerte muralla; sus defensas de-

bian ser mucho mejores, más en armonía con los formidables que tiene establecidas en frente la soberbia Albion, en el pedazo de tierra de que se apoderó, con su acostumbrada rapacidad, en el año 1704 de infaus- ta memoria para todo buen español.

Algeciras es una ciudad abierta, sin muralla alguna, y cuenta en su recinto 1.621 casas de uno, dos, tres y cuatro pisos; sus fachadas se blanquean y

pintan á menudo. Al N. de la población existe una alameda y paseo, construida en 1834, y verdaderamente notable si no se advirtiese en ella alguna incuria y abandono.

Cuenta la ciudad con un excelente acueducto para la conduccion de aguas, y tres plazas públicas: la de San Isidro, situada al N. O. de la ciudad; la llamada Alta, al E., es grande y muy parecida á la de San



¡La conozco y sé de lo que es capaz!

Antonio en Cádiz; rodeanla edificios de bastante elevacion y gusto; en el centro hay un elegante cuadrilongo circuido por asientos de piedra con respaldos de hierro, postes, marmolillos con cadenas y árboles colocados de trecho en trecho; en el centro hay una fuente, sobre la cual está basada una columna que se eleva á 75 piés; en la parte E. de la plaza hay otra fuente, que se surte de la primera y de la cual se abastece el vecindario. La tercera plaza, que se denomina Baja, está situada en la Marina, y en ella se halla establecido el mercado público.

Terminaré diciendo que las calles de Algeciras son anchas, distinguiéndose como una de las principales

la llamada Imperial; en ella se encuentra situado el edificio de la Municipalidad.

III.

— ¡Hála con los remos, William, ¡hála, que en verdad tengo el tiempo tasado!

Así decía el capitán Cróssbow al marinero de la nariz de color de remolacha, como una hora despues de haberse separado estos dos hombres en el embarcadero.

— ¡Bien metó los hombros!—exclamó el marinero contestando á la excitacion del que parecía su jefe. En efecto, la ligera barquilla, impulsada vigorosa-

mente por su remero, deslizábase con la rapidez de una gaviota sobre la apenas rizada superficie de las ondas de la bahía.

—Cuéntame otra vez, William, sin omitir detalle alguno, por insignificante que sea, todo lo que ha pasado desde que abordaste á la corbeta.

—Pues subí por la escala, y al verme el contru-

maestre *Borrasca* y algunos marineros manifestaron en el gesto cuán poco grata les era mi presencia. Hiceme el tonto, y les expuse mi deseo de hablar á su capitán si se encontraba á bordo. Bajó el contramaestre á la cámara, y á poco subió diciéndome que pasase á ver á don Félix. Hicelo así, y apenas víome vuestro sobrino, exclamó frunciendo las cejas: «¿No



Sus afilados filos introduciábase en aquellos montones de oro....

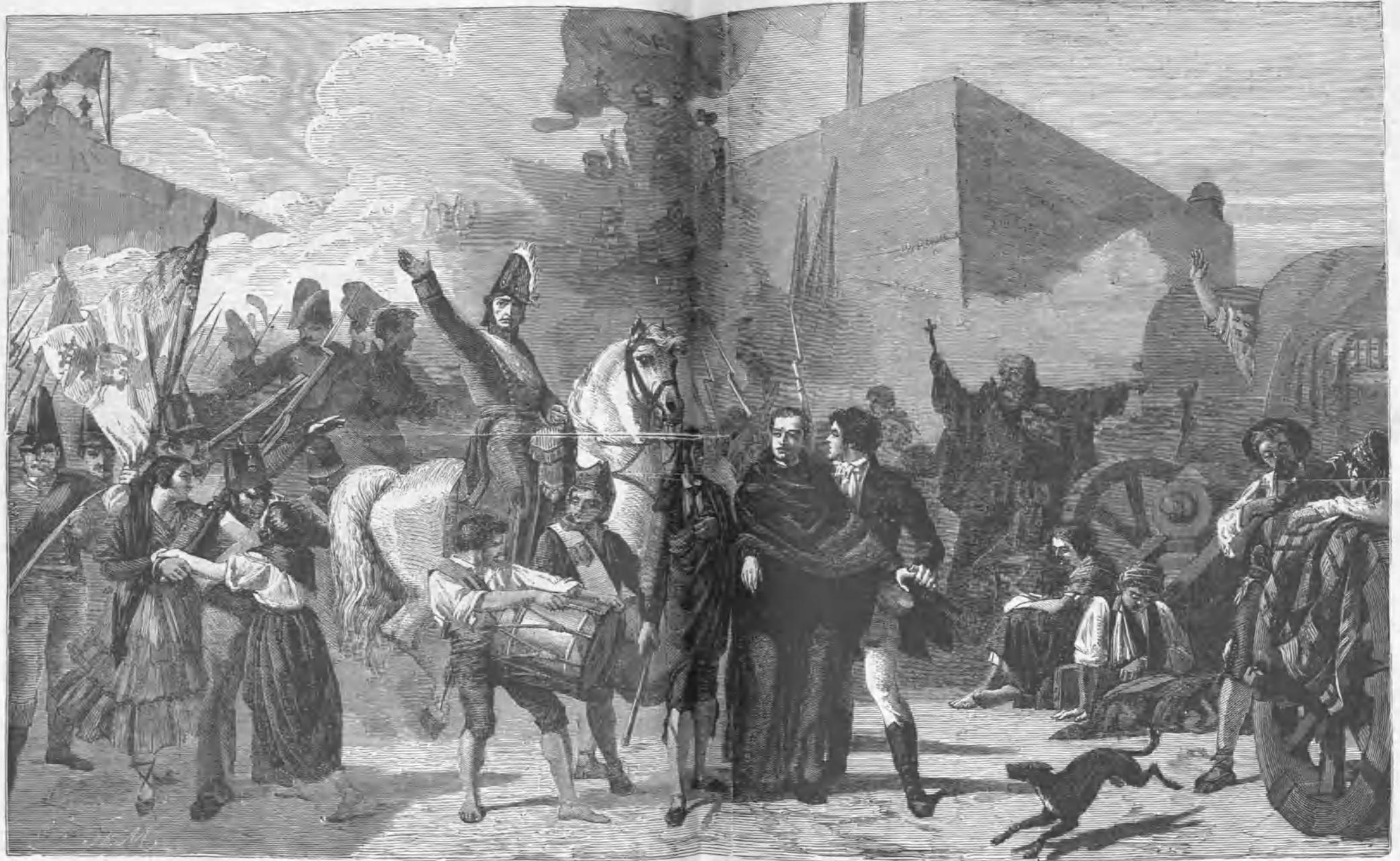
estás tú de marinero á bordo de la fragata de mi tío don Juan?» «Sí, de Mr. John Crossbow», contesté recalcando con sorna estas palabras.

—Hiciste bien, William, ese es mi nombre y apellido, no el de Juan Ballesta; detesto cordialmente todo lo que huele á español; ¡bien lo saben cuantos me conocen!

—Llegué en buena oportunidad, porque exceptuando las gentes que he dicho, el resto de la tripulación se encontraba en el castillo de proa formando corro al rededor del *Perchalero*, que con su guitarrillo en la mano cantaba y tocaba á más y mejor.... En fin, el capitán don Félix no pareció fijarse en la intenc-

ción de mis palabras, y preguntóme que para qué deseaba verle. «Señor, contesté, hallábame en el escritorio de los agentes marítimos *Rodriguez, Jackson y Compañía*, á donde fui con un encargo de mi capitán, cuando enterándose el gerente de la casa de que yo tenía que venir á bordo del bergantín inglés *Liverpool*, anclado á medio cable de vuestro buque, me pidió, puesto que se me hacia camino, que os dijese de su parte que para un negocio urgente tuvierais la bondad de avistaros con él lo más ántes posible.»

—Bien, William, eres un chico inteligente y estoy satisfecho de tí. Continúa, pero no aflojes los remos.



INDEPENDENCIA Y LIBERTAD.

(CUADRO DE SANZ.)

IV.

El marinero pareció envanecerse con el elogio de su capitán, y prosiguió diciendo:

—Don Félix, después de un instante de vacilación, manifestéme que iría á tierra ántes de una hora, y sin aguardar á más tomé la vuelta de afuera. Al paso, Tomás, el segundo contramaestre, deslizo en mi oído la noticia de que la corbeta de vuestro sobrino se hacía á la mar con rumbo á Marsella.

—¿Desembarcó solo mi sobrino?

—No, capitán, le acompañaba ese horrible mono que le sigue á todas partes.

—¿Te vió don Félix en el embarcadero?

—No; yo le apercí desde lejos y me agazapé detrás de unos fardos hasta que pasó.

—¿Y dices que despidió el bote que le había llevado?

—Sí, capitán.

—Eso indica que no piensa volver pronto á bordo.

—Tal parece.

—¿Te observó álguien cuando te ocultabas entre los fardos?

—Los hombres de mar que había en el embarcadero apenas reparaban en mí.

—Bien, William, bala adelante. Ya estamos próximos á la corbeta. Atraca por la banda de estribor.

El capitán Ballesta ó Cróssbow, como él quería que se le nombrara, guardó silencio. Sus miradas, segun el bote iba aproximándose al buque, fijábanse en éste con creciente insistencia; al mismo tiempo nerviosa agitación parecía apoderarse de su persona, porque, de una manera imperceptible, sus labios y sus manos eran presa, alguna que otra vez, de involuntarias movimientos.

V.

La barquilla atracó al costado de la corbeta: ésta, en grandes letras de relieve, llevaba en el coronamiento de popa el nombre con que se le designaba en el mundo marítimo y comercial, que era el de *Algeciras*.

El inglés de pega, como á su llegada al muelle le llamaron algunos marineros, ascendió rápidamente por la escala de la corbeta. Aunque estaba algo pálido, su faz aparecía tranquila y sonriente.

—Buenos días, muchachos — exclamó dirigiéndose á los marineros que hacían *filástica* sentados al pié del palo mayor — ¿está vuestro capitán á bordo?

—No sabemos — contestó secamente uno de los interpellados; — nostramo *Borrasca* podrá decirlo.

—Llanadle.

—¿Nostramo, nostramo!

—¿Qué se ofrece? — dijo el hombre del vestido impermeable apareciendo por una escotilla.

—El capitán de la fragata *Gibraltar* pregunta si está á bordo don Félix.

El contramaestre hizo un gesto de mal humor.

—Sa dio á tierra, capitán — contestó hemáticamente.

—¿Hace mucho tiempo?

—Ya hace media hora larga, capitán.

—¿Volverá pronto? —

—¿Qué sé yo! — dijo el contramaestre encogiéndose de hombros y dando una chupada á la ennegrecida pipa que pedía de sus labios. Después añadió:

—La lancha que le condujo á tierra ha vuelto, y don Félix no dió orden para que tornára á buscarlo.

—Bien, bien; necesito para un asunto urgente hablar con mi sobrino, y puesto que no está, le esperaré unos momentos.... pero siéntese aquí arriba un sol de justicia, y voy á bajar á la cámara.

—Como V. guste, don Juan — dijo el contramaestre *Borrasca*, y al mismo tiempo añadía para su colato: —; malos tiburones te coman!

VI.

Apénas el capitán Cróssbow se dirigió á la escalera de la cámara, volviéndose hacia él el contramaestre y amenzóle con el puño cerrado. Algunos marineros hicieron corro al rededor de su jefe.

—Nostramo — exclamó uno de ellos mientras se metía en la boca un enorme trozo de negro tabaco de Virginia — nostramo — repitió — apuesto un duro contra dos cuartos á que ese *mistm de extrangis* no ha venido á nada bueno. Por lo cual, prudente hubiera sido no permitirle que esperase al capitán.

—Dices bien, mi camarada *Córcoles* — repuso otro marinero.

—Yo opino.... ¡vamos al decir! tengo la misma opinión que opinan estos amigos — ballacéu un tercio.

—Callaos, pipíolos — dijelos *Borrasca* — á la fin y á la postre, nuestro capitán es sobrino de ese mal *peje*, y quién sabe si después de haberle hecho tanto daño se ha arrepentido, y viene ahora en *són* de paz.

—Eso estaría muy bueno, nostramo, si el *mistm* fuera capaz de alguna cosa buena; pero como que nada bueno tiene en su abun, resulta que lo que usted dice no es bueno, porque va fuera de rumbo.

—Tienes razon, *Caveja-juarbes*; veinte años de rencor y animosidad no pueden darse al olvido así como se quiera.... Por lo demas, buenas gauas se me pasaron, cuando le vi puesto en faeba, de haber cogido un espuque y échole salir de á bordo más que de prisa. Pero ¿qué hubiera dicho entónces nuestro capitán, que es tan hidalgo en sus procederes?

—; Calle! — interrumpióle á la razon el marinero llamado *Córcoles* — en demanda de la corbeta parece que viene aquel bote de seis remos.

—; Bien balan por ellos los que le tripulan! En la proa se ve un hombre de pié.... ¡San Telmo me valga! Nostramo, si es el capitán en persona. Ved asimismo acurrucado á sus piés al valiente orangután.

—Y es verdad; muchachos. ¿Cómo don Félix da tan pronto la vuelta? Algun intringulis hay en todo esto.

(Se continuará.)

UN CUENTO DE LADRONES (1).

—Conozco un cuento de ladrones que es el que me la ha sugerido—respondió Maroussia.—Me he acordado de cómo se salvó en el cuento la mujer del ladrón, y me he dicho:—Nosotros haremos lo mismo.

Puesto que tenemos que emprender un camino bastante largo para ir al estable de la llanura, me contarás esa historia durante nuestra marcha. ¿Verdad?

—Con mucho gusto. ¿Pero irás a Teguirini? ¿te llevaré allí?

—Seguramente—dijo el enviado;—pero preguntó yo á mi vez: ¿aprobará tu padre que te acepte por guía? ¿te reñirá después?

—Otro pensando como él; mi padre me ha mirado y lo he comprendido; sus ojos me decían: «para esto, preciso es abandonar todo, hasta á nosotros.»

—Entonces bien está. Me tienes á tus órdenes, niña; déjome conducir por ti, y mientras tanto me contarás tu historia. En marcha, Maroussia. Ya te escuchó; á mí me gustan mucho los cuentos de ladrones.

Se cogieron los dos de la mano y volvieron á subir á lo largo del río. Un momento después, y visto que la niña guardaba silencio, le dijo el de Subel:

—Soy todo oídos, y nada oigo todavía.

—¡Ah!—replicó ella—es que no puedo contarte ahora la historia.

—¿Y por qué, hijita mía?

—Aun no estamos suficientemente distantes de los soldados. Los oigo desde donde se encuentran. Tengo un poco de miedo, miedo que nosotros no.... ¿Me censurarás esto pesar tan grande! ¡Ah! si yo no conseguirá que llegases á donde puedes hacer tanto bien....

—Preciso es que pongamos en ejecución lo que se deba; vamos en gracia de Dios, amiguita, guíalos por El, hijo mía.

Maroussia levantó la cabeza y lo miró fijamente. Y á pesar de la vacilante luz de las estrellas, pudo ver en su cara tal confianza y tal valor, que se sintió animada.

—No me hagas languidecer, Maroussia—le dijo;—estoy viendo que tú no sabes bien la pasión que tengo por los cuentos.

Maroussia dió principio al suyo de esta manera:

—Érase que se era un cosaco que casó á su hija con un buen mozo.

—Hizo bien—replicó el enviado;—tu cuento empieza perfectamente, si el novio era además un buen muchacho.

Por toda respuesta, Maroussia movió de un lado á otro la cabeza, y continuando, dijo:

—La joven no sentía demasiadas simpatías hacia su desposado; era hermoso, pero no le gustaban sus ojos. Sin embargo, como este casamiento agradaba á su padre mucho, lo obedeció y se casó.

Una vez el casamiento verificado, se llevó el marido á su joven consorte muy lejos, ¡oh, sí! sumamente lejos.

—Pobrec muchacha—dijo el enviado;—sentiría separarse de sus padres.

—La casa del marido era muy bonita, y hasta magnífica; era una especie de castillo ó de palacio, pero un palacio triste. Hallábase construido en un bosque, y tan sombrío, que apenas si se distinguía el cielo á través de la cúpula de los frondosos árboles. Ni de caminos, ni de senderos, veíase huella alguna por allí. El marido apenas estaba con su mujer. Todas las noches la abrazaba, y le decía: «Hasta muy pronto, mi querida esposa; y después marchaba con sus compañeros, ausentándose algunas veces por espacio de dos, tres y hasta diez días.

—Mal hecho—dijo el enviado.

—Cuando volvía, hablaba más con sus camaradas que con su mujer, á quien es verdad que la daba joyas de todas clases y aderezos, pero con esto no contentaba á la joven recién casada, que no era coqueta. Ésta se consideraba muy infeliz y poco á poco se apoderó de ella una viva tristeza, diciéndose:

«Todá vez que la vida es tan triste, quiero morir. Si, así concluí....»; pero la vida es más larga que todo esto. Tiene mucha razón el refrán en decir que la tristeza se apodera de nosotros con frecuencia, pero la muerte sólo viene una vez.

Un día en que la habían dejado completamente sola en aquel gran castillo sombrío, y que á pesar de las negras ideas que por su imaginación cruzaban, hallábase muy espavilada y sobre sí, se dijo:

«¿Por qué habré de permanecer de este modo sentada sin moverme esperando la muerte? Paseñmonos un poco. Lo mismo ha de encontrar el término de mis males en el jardín, que en el rincón de esta vivienda.»

Y corrió hacia el jardín, que formaba un pequeño cerco de flores en el castillo entre sus muros de piedras y el extenso bosque.

Todo verdeaba, todo florecía en el jardincito. «Morir—pensaba ella mirando las flores—no es cosa demasiado buena. ¡Ah! si fuera ya feliz, indudablemente preferiría vivir....»

Entonces lloró, pero llorando y todo, hizo un precioso ramo de musgo y rosas salvajes, y al verlo tan bello y tan lozano, «¿á dónde le colocaré, pobrecito mío?—dijo á aquellas flores.—¿Mi cuarto está tan desamparado! Tan pronto como estuvieras allí, te marchitarías.»

Se le ocurrió entonces otra idea: «Si yo fuera á ver las otras habitaciones, tal vez entre ellas encontraré una pequeña que fuera de mi agrado.»

Pensarlo y ponerlo por obra fué todo uno.

Recorrió varias habitaciones; todas eran grandes, ricas y bonitas, si se quiere, pero desagradables.

«No es esto, ni; no, lo que me hace falta», pensaba ella.

Al llegar aquí, el enviado tapó con su mano la boca de Maroussia.

—Espera un poco—le dijo en voz baja.

—¿Te ha parecido oír algo?—dijo la niña.

(1) Este cuento está extractado de la obra *Maroussia*, leyenda rusa por P. J. Stáhl. Formosísimos cuadros ilustrados con magníficos grabados, al precio de una peseta en toda España nada conderno.

El de Setch se había bajado y aplicaba su oído contra la tierra.

Cuando se levantó, dijo:

—El destacamento ha abandonado la casa de tu padre; los soldados se alejan á galope hácia la izquierda. Si llevarán prisioneros no irán así. Maroussia, creo que la casa de tu padre está tranquila.

—¡Alabado sea Dios! —dijo la niña.

Caminaron algún tiempo en silencio, entregado cada uno á sus propios pensamientos.

El enviado rompió el silencio.

—Aquella joven —dijo— iba de un cuarto á otro sin encontrar ninguno á su gusto, y decía: «¡Seguiremos buscando!»

—Eso es —dijo Maroussia— ¡hé ahí efectivamente lo que se decía! De pronto se encontró delante de una puerta de aireo aspecto, muy estrecha, fuertemente cerrada, y que tenía echados los cerrojos.

«¡Ah! seguramente el cuarto que se encuentra detrás de esta puertecita es el que me conviene.»

Hizo cuantos esfuerzos pudo para abrirla, pero la puerta se resistía, y cuanto mayor era la resistencia, mayores eran también sus deseos por penetrar en él.

—Justamente —dijo el amigo de Maroussia— reconozco en eso bien á la joven.

—¿Qué quieres decir —respondióle la niña sorprendida.

—Que todas las jóvenes son aficionadas á saber lo que hay detrás de una puerta que está cerrada.

—¿Por ventura los hombres son diferentes?

—En general son más razonables, tocante á ese punto.

—¿Más razonables! —repitió Maroussia con aire de inteligencia; —entonces *razonables* querrá decir no tener el suficiente deseo hácia una cosa para hacerla.

—¿Sabes, hijita, que lo que estás diciendo no carece en absoluto de fundamento? —dijo riéndose el enviado de Setch. —Sin embargo, sería mejor decir que lo más razonable es no desear nada. Pero continúa, Maroussia. ¿Consiguió por fin aquella pobre mujer abrir la puerta?

—Sí —replicó la pequeña. —Todo el día se le llevó cortando las maderas de la puerta, y de ese modo fue como llegó á conseguir, á fuerza de cortar y cortar sin descanso, hacer saltar la cerradura y entrar en el desconocido cuarto. Entónces creyó encontrarse en una cueva, estaba completamente oscuro. Gozosa por haber entrado, no había podido contener un ¡ay! de satisfacción al poner el pié dentro. Pero héte aquí que por los cuatro ángulos del negro cuarto fue repetida su exclamación. Sorprendióla esto, pero no la asustó; vino á sacir en claro, después de reflexionar, que aquello únicamente quería decir que el cuarto era sonoro porque estaba muy poco ó nada amueblado.

Con efecto, así que sus ojos se acostumbraron á la oscuridad, vieron que su deducción era acertada y que por eso era por lo que el eco le había repetido varias de sus exclamaciones. Siguió tanteando aún. Sus manos no encontraban ni puertas ni ventanas.

Los cuatro muros eran lisos por todas partes. Iba á volverse descorazonada cuando se presentó á la derecha de la pequeña puerta de entrada, su mano tropezó contra una mesita, sobre la cual encontró una linterna y todo lo necesario para encenderla; no le equivocó al creer que pronto la encendió, pero en linterna no le ayudó descubrir ninguna otra salida del cuarto. A pesar de esto se obstina diciendo: «Este cuarto así seguido no sirve de término, sino de tránsito para ir á alguna parte. Debe ocultar un paso. Yo no saldré de aquí sin haberlo encontrado.»

—Era una testaruda —dijo el enviado.

—¡Ah! no; ¿qué quieres? si la impulsaba algo; si se llevaba su idea. Se decía con mucha razón: «Mi marido puede llegar, y si llega ¿quién sabe si juzgará reprochable mi curiosidad?» Pero de todos modos, continuó sus pesquisas.

—¡Viva la perseverancia femenina! —replicó su compañero de viaje, que seguía con mucho interés el relato de Maroussia.

—Dió una porción de vueltas por el cuarto, hasta que por último tropezó con el pié en un anillo de hierro....

Aproximó su linterna: era una trampa que había en el suelo.

Parecíale que en toda su vida habiase visto tan satisfecha.

La trampa era muy pesada para ella; pero cuando una cosa se desea, no se pára uno hasta conseguirla. Tuvo que destrozarse los dedos para levantar la trampa, pero al fin y al cabo lo consiguió.

Vió entónces los pedáños de una escalera estrecha, que iba á salir á un gran agujero oscuro. Se había puesto en marcha ya, y no era cosa de detenerse. «¿Qué se me importa —dijo— aunque presente todo eso un aspecto terrible, he de bajar ahí dentro.»

Y bajó.

—Era valiente —replicó el fugitivo.

—Esperaba verse con algo que la sobrecogiese, pero lo que vió traspasará los límites de cuanto hubiese soñado de más horrible.

—¡Ah, Dios mío!

—La cueva estaba toda obstruida por hachas, sales, puñales, picas, lanzas, grandes cuchillos, mazas, magníficos trajes ensangrentados, collares de perlas, aderezos de diamantes, alhajas de rubíes y de esmeraldas, de turquesas, de zafiros y de ricas telas. Todo estaba revuelto y en todas partes había rastros de sangre. Aun dudaba, sin embargo, cuando se fijó su vista en algo blanco como la nieve que se destacaba sobre un pedazo de terciopelo negro. Apénas se atreve uno á decirlo; era una mano blanca, blanca como el mármol, separada de su brazo; una graciosa mano de mujer llena de ricas sortijas.

¿Había medio de dudar todavía?

Temblando, se dijo: «Mi marido es un capitán de ladrones. Nuestro castillo es peor que una caverna.»

Todo esto le causó una pena horrorosa.

Calláse Maroussia por un momento.

Su manecita se había helado dentro de la manaza

de su compañero de viaje. El de la Setch se apercibió perfectamente de ello. La historia era demasiado espantosa, y se reprendía por haber excitado á su pequeño guía á contarla. Seguían caminando. Las algas y los juncos zambalsan tranquilos sobre el borde de las aguas apenas agitadas por la brisa.

—No continúes esa historia — dijo el enviado á Maroussia; — te perjudicaría concluiría, sobre todo si es aún más terrible el final.

—Quizá lo es más; pero ¿qué importa? es precisamente el final lo que debes saber para que comprendas mi idea.

Y habiéndose repuesto Maroussia, continuó:

—La joven recién casada tenía mucho sobre qué reflexionar con lo que había descubierto. Pidió á Dios que la inspirase.

Antes que nada era preciso salir de aquel horroroso subterráneo. Saló, volvió á cerrar la trampa, puso la linterna en su sitio, cerró bien todas las puertas, y se fué á su cuarto. Después de tal descubrimiento era cien veces más desgraciada que antes, y sin embargo, no quería morir, sino salvarse.

Pero ¿cómo conseguirlo?

Al llegar aquí Maroussia se estremeció. Se había oído un ruido como si alguna persona ó cosa se cayese ó lanzase al río.

—Tranquízate — dijo el de Setch — es algún animal; una nutria quizá que ha querido atravesar el agua; quizá un enorme pescado que ha dado uno de sus saltos fuera del agua, más alto que los de ordinario.

(Se continuará).

INDEPENDENCIA Y LIBERTAD.

(CUADRO DE D. FRANCISCO SANZ.)

La grande epopeya de la guerra de la Independencia ha inspirado más de una vez á nuestros artistas. Es, en efecto, un manantial inagotable de inspiración aquel período histórico de seis años, que comenzando en el levantamiento heroico de Madrid, en 1808, presenta páginas como las de Bailén, Zaragoza, Gerona; Talavera; Arapiles, y termina con la batalla de Vitoria y la expulsión final de los invasores de la Península. Época no sólo de generoso entusiasmo por la independencia nacional, sino de nobles instintos de libertad y regeneración; en ella, el país, tomando sobre sí la tarea de salvarse á sí mismo, mientras con una mano combatía, con la otra se constituía por medio de leyes, y á la voz de legisladores que, en medio de las vicisitudes por que después hemos pasado, han sido siempre objeto de la veneración pública. Madrid dió la señal, y ofreció la sangre de sus hijos en holocausto: el grito del Dos de Mayo resonó en todas las capitales y en todos los pueblos, y repetido por millones de bocas, salvó las fronteras de España y se hizo oír hasta en las márgenes del Neva.

Una de las ciudades que con más entusiasmo secundaron el levantamiento general fué Cádiz, la hermosa Cádiz, fuerte por su posición y por sus glorias y riquezas, la más antigua ciudad de España, la que conserva más recuerdos, y la que estaba destinada á ser á un tiempo inexpugnable baluarte de nuestra independencia y cima gloriosa de nuestra regeneración política. Allí se organizó la resistencia como en todas partes, y allí se vieron escenas dignas de ser trasladadas al lienzo y conservadas como recuerdo y modelo para las generaciones futuras.

El Sr. Sanz, uno de los pintores honra de las artes españolas, se inspiró en aquellas escenas para crear el cuadro cuya reproducción en grabado tenemos el gusto de publicar.

EL MONTE BLANCO.

Empezando á cumplir la prometiJo damos en este número un magnífico grabado que representa la montaña cuyo nombre sirve de epigrafe á este artículo.

Hállase situado el citado monte en la cordillera de los Alpes entre el antiguo reino de Piemonte y la Saboya, á once leguas S. E. de Ginebra. Es de forma piramidal y su altura, que es la mayor de Europa, alcanza 17.000 pies sobre el valle inmediato. Tiene 18 ventisqueros, que presentan mil formas caprichosas, y está rodeado de otras montañas que constituyen con él el grupo más visitado de la gran cordillera de los Alpes.

Dicha montaña se eleva, como ya hemos dicho, en el centro de los estados más populares y civilizados de la tierra, es el eje á cuyo alrededor la civilización europea ha girado y gira todavía; su altura es tan considerable que domina todo cuanto le rodea, su cima está eternamente cubierta de nieve. En el curso diario del sol, su sombra proyecta lo ménos sobre tres países diversos. A pesar de esto, dicha montaña ha permanecido durante mucho tiempo desconocida; pues en la segunda mitad del siglo xvi, el belga Gilles Bouillon publicó un mapa de la region donde se encuentra el *Monte Blanco* y nada indica en él á la citada montaña, que se apercibe sin embargo á 60 leguas en una circunferencia de 400.

Poco á poco el *Monte Blanco* fué siendo conocido, y en 1741 empezaron las excursiones de recreo; los primeros fueron dos ingleses, Windham y Pococke. Sin embargo, estas ascensiones no llegaron nunca á una altura muy considerable; á Jaime Balmat, guía de Chamounix, corresponde la gloria de haber llegado al pico de la *Taupinière blanche* (Madriguera blanca de los Topos) el 7 de Agosto de 1786.

Como creemos ha de ser del agrado de nuestros lectores, en uno de los próximos números publicaremos el retrato del citado guía.

Pensando ocuparnos en otra ocasión de la descripción detallada de los diferentes caminos del *Monte Blanco*, así como de las principales expediciones, hacemos por hoy punto final.



¡ QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR !

¡QUIÉN SUPIERA ESCRIBIR!

DOLORA.

—Escribidme una carta, señor Cura.

—Ya sé para quién es.

—¿Sabeis quién es, porque una noche oscura
Nos visteis juntos?—Pues.

—Perdonad; mas.....—No extraño ese tropiezo.

La noche..... la ocasion.....

Da lme pluma y papel. Gracias. Empiezo.

Mi querido Ramon:

—¿Querido?..... Pero, en fin, ya lo habeis puesto.....

— Si no quereis.....—¡Sí, sí!

—¡*Qué triste estoy!* ¿No es eso?—Por supuesto.

—¡*Qué triste estoy sin ti!*

Una congoja, al empezar, me viene.....

—¿Cómo sabeis mi mal?.....

—Para un viejo, una niña siempre tiene
El pecho de cristal.

¿Qué es sin ti el mundo? Un valle de amargura.

¿Y contigo? Un eden.

—Haced la letra clara, señor Cura;

Que lo entienda eso bien.

—*El beso aquel que de marchar á punto*

Te di.....—¿Cómo sabeis?.....

—Cuando se va y se viene y se está junto,
Siempre..... no os afrenteis.

Y si volver tu afecto no procura,

Tanto me harás sufrir.....

—¿Sufrir y nada más? No, señor Cura,

¡Que me voy á morir!

—¡Morir? ¿Sabeis que es ofender al cielo.....

—Pues, si señor, ¡morir!

—Yo no pongo *morir*.—¿Qué hombre de hielo!

¡Quién supiera escribir!

¡Señor Rector, señor Rector! en vano

Me quereis complacer,

Si no encarnan los signos de la mano

Todo el sér de mi sér.

Escribidle, por Dios, que el alma mia

Ya en mí no quiere estar;

Que la pena no me ahoga cada dia.....

Porque puedo llorar.

Que mis labios, las rosas de su aliento,

No se saben abrir;

Que olvidan de la risa el movimiento

Á fuerza de sentir.

Que mis ojos, que él tiene por tan bellos,

Cargados con mi afan,

Como no tienen quien se mire en ellos,

Cerrados siempre están.

Que es de cuantos tormentos he sufrido,

La ausencia el más atroz;

Que es un perpétuo sueño de mi oído

El eco de su voz.....

Que siendo por su causa, el alma mia

¡Goza tanto en sufrir!.....

Dios mio, cuántas cosas le diria

Si supiera escribir!.....

—Pues señor, ¡bravo amor! Copio y concluyo:

Á don Ramon..... En fin,

Que es inútil saber para esto arguyo,

Ni el griego ni el latin.

RAMON DE CAMPOAMOR.



EL MONTE BLANCO.

PENSAMIENTOS.

No vayas al África para ver monstruos; viaja por un pueblo en revolucion.

PITÁGORAS.

Para no perder tiempo, no loas más que los males de un solo pueblo: todos los pueblos se parecen.

PITÁGORAS.

El orgullo nunca quiere deber, y el amor propio nunca quiere pagar.

LA ROCHEFOUCAULD.

Bueno es pensar en sí, pero odioso el no pensar más que en sí.

SAY.

Para ser buen padre basta ser hombre; para ser buen hijo, es preciso ser hombre de bien.

BLANCHARD.

Toda vanidad es ridícula, pero ninguna tanto como la vanidad de un traductor.

LA HARPE.

Hay ciertos hombres que no son de su siglo ni de su país.

VOLTAIRE.

La firmeza de carácter, unida a la facultad de generalizar, constituye los hombres superiores. Éstos saben pensar, y al mismo tiempo saben obrar.

SAY.

No te cases con mujer rica; tus hijos serian enemigos natos del trabajo.

PITÁGORAS.

Los grandes hombres mueren sin posteridad.

EL GRAN FEDERICO.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Independencia y Libertad, cuadro de Sáenz.—¿Quién supiera escribir!—El Monte Blanco.—Varios dibujos correspondientes a las novelas.—Jerooglífico.—
TEXTO.—Kembau el Testarudo, por Julio Verne.—La Reina de los Lagos, Mayne-Ridd.—Sin familia, Hector Malot.—Ingletes y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Independencia y Libertad.—El Monte Blanco.—Un cuento de Ladrones, por Stahl.—¿Quién supiera escribir! dolera.—Pensamientos.

MADRID, 1883.—Est. Tip. de los sucesores de Rivadeneyra, IMPRESORES DE LA REAL CASA.